COMEDIA NUEVA

EN TRES ACTOS,

EL BUENO Y EL MAL AMIGO.

DE DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

PERSONAS.	ACTORES.
Leonardo, esposo de::	Manuel Garcia.
Quintina, madre de::	La Señora Juana Garcia.
Jacinto, niño de cinco años.	Juan Lopez.
Don Anselmo, amigo de Leonardo.	Manuel de la Torre.
Claudino, mal amigo de Leonardo.	Felix de Cubas.
Rita, Amada de Leonardo, prima de::	La Señora Andrea Luna.
Perico.	Mariano Querol.
Lucía, criada de Quintina.	La Señora Polonia Rochel.
Dionisio. } *amigos de Claudino.*	Joseph Garcia.
Narciso. } *amigos de Claudino.*	Franco Garcia.
La Poncha. } *amigas de Rita.*	La Señora María Rivera.
La Curra. } *amigas de Rita.*	La Señora Isabel Correa.
Un Escribano.	El Señor Juan Codina.
Dos Alguaciles que no hablan.	

LA SCENA SE REPRESENTA EN MADRID.

ACTO PRIMERO.

Un aposento corto con algunos taburetes: Quintina sentada haciendo labor y enjugandose las lágrimas con alguna intermision, y Lucía observandola en los bastidores de la izquierda, con algun sentimiento.

Quint. Ay mi Leonardo, qué poco
te tira el honesto extremo
de tu esposa, y el amor
de aquellos hijos, que un tiempo
fuéron tus delicias! Ah!
qué distrahido, qué ciego
te hacen vivir los encantos
de una muger! No haber vuelto
en dos dias y dos noches,
por compasion á lo menos,
á ver tu casa, y tu triste
familia! El cuidado inmenso
con que debes contemplarla,
ya que no el cariño tierno
que la profeses, debiera
traerte un solo momento
á sacarla de él.
Sale Luc. Señora:
con qué compasion la veo
llorar! bribon; qué presidio! *ap.*
Quint. Qué quieres, Lucía?
Luc. Ha hecho
mi amo algun viage?
Quint. Por qué?
Luc. Porque no le veo el pelo,
dos dias hace, por casa.
Quint. Ayer tarde, nada menos,
estuvo aquí, mientras tú

fuiste á la plaza.
Luc. Lo siento. *con intencion.*
Quint. Y me dixo el grave asunto
que le impedia, el volvernos
á ver, hasta hoy.
Luc. Pues ya. *con bufonada.*
Quint. Disimular sus defectos
quiero á Lucía, pues éstas
son de todos nuestros yerros
los mas crueles fiscales. *ap.*
Luc. A qué serán fingimientos
conmigo, si en la materia
sé yo mas, con quinto y tercio,
que vm.? Mi amo, hace dos meses
que está bebiendo los vientos
por una aragonesita,
que de Zaragoza huyendo
vino, con un primo suyo,
hace poquísimo tiempo.
Allí pasa sin sentir
el dia, echando requiebros
á su embeleso: allí son,
á costa de su pellejo,
las comilonas y bayles:
él paga los aposentos
de Operas, y de Comedias:
el coche para el paseo:
los balcones en las fiestas
de toros: los dulces secos
y frasquillos, que devoran
los distinguidos sugetos,
que van á hacer la tertulia
á la señora: por cierto,
linda gente: un primo suyo, (*cia.*
mozo de substancia y peso: *con mali-*
un picador andaluz,
algun otro peluquero,
y mi amo, con su amigo
Claudino, todos muy buenos
mozos, para manejar
un fusil ó un par de remos.
Quint. Ah, con qué dolor escucho,
Leonardo, tus desaciertos! *ap.*
Luc. Mi amo la paga la casa,
la comida, el peluquero,
labandera, aplanchadora,
la modista, el zapatero,
y quanto allí se consume;
y lo gracioso del cuento
es, que entre el primo y la prima,
en dos meses no completos,
han chupado á mi señor,
cerca de quatro mil pesos;
y á sus espaldas, es solo
quien goza los privilegios
y honores de amo de casa,
uno que llaman Don Pedro,
mayordomo de un señor,
que segun oí de cierto,
ha de casarse con ella
en aquel mismo momento,
que acaben de desollar
á mi amo.
Quint. Yo nada creo.
Luc. No? mas diré. Antes de ayer,
con ella y mi amo, fueron
los de su noble pandilla,
todo el dia de bureo
al canal en varios coches.
Diré mas: cinqüenta pesos
costaron, comida y cena
solamente: ayer los mesmos,
en buen amor y compaña
se marcharon á Pozuelo,
á los novillos, y ahora
poco hace, aun no habian vuelto.
Quiere vm. mas? Esta noche
tienen el bayle dispuesto
con cena, y demás perfiles
que se usan (se entiende, siendo
el pagano mi amo) en casa
de su amigo y consejero
Claudino. Quiere vm. mas?
La ha regalado un baquero
de raso para esta noche,
y pendientes, como aquellos
de cristal que vm. tenia.
Quint. Y quizá serán los mesmos,
que le dí para vender
estos dias.
Luc. Sé de cierto
tambien:::- pero para prueba
de que sé yo todo el cuento,
basta con lo dicho.
Quint. Alma,
desmentirla procuremos.

por el honor de Leonardo
siquiera. Lucia enredos
y chismes de tienda, son
quanto dixiste.
Luc. Muy bueno:
quiere vm. desengañarse? *llaman.*
Quint. Mira que llaman.
Luc. Bien, luego
vereis si son chismes.
Parte por la derecha.
Quint. Ah,
quán vanamente pretendo
encubrir á ella, y á todos
sus flaquezas, quando él mesmo
las hace públicas! Ay,
Leonardo mio! los Cielos,
que pueden, te traigan hoy
á mejor conocimiento.
Vuelve á salir Lucia, y despues Leonardo quitandose la espada, y sombrero, y dandoselo.
Luc. Era hora, señor?
Leon Lucia
no es de tu iucumbencia eso; *con severidad.*
y dexa sobre mi mesa
el espadin y sombrero,
busca el picaporte mio,
y sacame dos pañuelos.
Luc. Bien.
Leon. Dexamelo alli todo.
Luc. Ah infames hombres! riñendo
viene, porque no le riñan:
qué degal en todos ellos.
Parte por la izquierda.
Quintina, dexando la labor, y corriendo con regocijo ácia Leonardo.
Quint. Esposo mio: : qué traes?
vienes malo? *con sobresalto.*
Leon. No por cierto. *con despego.*
Quint. Pues qué tienes?
Leon. Nada.
Quint. Quieres
desayunarte?
Leon. Ya lo he hecho.
Ah, engañosa! tu con otro?
No mas; dexarla resuelvo. *ap.*
Quint. Con qué cuidado has tenido
á Quintina!
Leon. Sí, lo creo, *con blandura.*
pero no pude : : -
Quint. No tienes
que disculparte, comprendo
que si tú hubieras podido
avisar, lo hubieras hecho.
Leon. Qué amor, y qué mal la pago! *ap.*
Y Jacinto y Felix?
Quint. Buenos:
Felix, tan enredador,
tan gracioso y tan travieso,
que es el encanto de todos.
Ayer no tuvo otro anhelo
que irse solo hasta tu quarto,
llamarte, venirse luego
á esta pieza en busca tuya,
todo el dia repitiendo:
papá, papá: ah, no le pagas
tú, Leonardo, el amor tierno
que te tiene!
Leon. Ay hijo mio, *como enternecido.*
qué impresion estás haciendo
en mi alma!
Quint. El otro, ayer
viendo que aun no habias vuelto
desde el dia antes, estuvo
con el mayor desconsuelo
llorando lo mas del dia,
sin que halláramos un medio
para obligarle á comer,
creido en que habrias muerto
quando no habias venido
á dormir. Por fin, el Maestro
que estuvo aqui por la tarde,
le obligó á comer, diciendo
que te habia visto, y que
vendrias á casa presto.
Pero no quiso dormirse
hasta que ya el mismo sueño
le rindió, por esperarte.
Leon. Ceguedad mia, oyes esto?
amor, amor paternal,
dónde estás? Estos afectos
inocentes : : Ay Quintina! *avergonzado.*
Quint. Qué quieres?
Leon. Están despiertos? *enternecido.*
Quint. Lo veré. Aun nos ama, pues *ap.*
mis voces le enternecieron. *vase.*

Leon. Ay virtuosa Quintina!
Ay dulces pedazos tiernos
de mis entrañas! vosotros,
los sencillos sentimientos
de vuestra naturaleza,
me afrentan mas que mis yerros.
Ella os enseña á ser hijos
de un padre, indigno de serlo,
por su abandono. Ah sirena
engañosa, tus extremos
fingidos, á una cadena
de culpas me condugeron.
Tu me hiciste que negára
á Quintina aquel afecto
que su virtud merecia,
y aun (yo mismo me averguenzo
y horrorizo de acordarlo.)
Me hiciste ver con un fiero
horror á mis mismos hijos,
crimen tan torpe, tan feo,
y exêcrable, que debora
mi corazon por momentos.
Fama, esposa, religion,
intereses, y sosiego
me hiciste perder, y todo
lo recompensas, haciendo
venturoso á mis espaldas,
á otro hombre. Este duro premio
que das hoy á mis delirios,
me los presenta mas feos
y abominables. Ya estoy
pesaroso, lo confieso,
de haberte amado: bien sé
que el acordar mis excesos
me hará vivir con la pena
mas cruél, pero contemplo,
que á tí te han de deborar
tus justos remordimientos.
Y pues con un desengaño
de mis letargos despierto,
amable Quintina, hijos
de mi corazon, doleos
de mi amargura, y creed,
que desde aqueste momento,
será de los tres mi amor,
mi vida, y mis sentimientos.
Sale Quint. Leonardo, si hubieras visto
la commocion, el contento
de tu Jacinto, al saber
que habias á casa vuelto!
desnudo y todo queria
salirte á ver: ya le dexo
vistiendose á toda priesa.
Leon. Que prefiriera yo ciego
á estos sentimientos dulces,
sencillos y verdaderos,
los nocivos y engañosos
de aquella aleve? No puedo
consolarme, al acordar
su infidelidad. *ap.*
Quint. Pasemos
á otra materia Leonardo;
te ha quedado algun dinero,
del que acaso te darían
por mis pendientes?
Leon. No veo
que decirla. *ap.*
Quint. Porque falta
que traer pan, y yo no tengo
ni un ochavo desde ayer.
Leon. No Quintina, siete pesos
que de ellos saqué, al minuto
quiso mi suerte, que al juego
los perdiese, la verdad. *Como aver-*
Quint. No te entristezcas por eso, (*gonz.*
ni vayas á avergonzarte
á nadie: Mira, allí tengo
todavia aquella cruz
de diamantes que en el pecho
solia ponerme: ya
es un adorno superfluo
para mí: puedes venderla;
ella vale, por lo menos,
quatro mil reales, si logras
sacar tres mil y quinientos,
podremos irlo pasando
hasta que mejore el Cielo
nuestro estado. No lo apruebas?
Leon. Sí, sí, no es mal pensamiento.
Vase Quintina, y sale D. Anselmo.
Que yo tratára tan mal
su virtud! Mas D. Anselmo:
vos tan temprano en mi casa?
Ans. Sí, amigo, y contra vos vengo.
Leon. Contra mí?
Ans. Sí, contra vos:

vaya, tomemos asiento,
y oid. *sentandose.*
Leon. Qué querrá?
Ans. Sabeis
que soy vuestro amigo?
Leon. Al menos
me lo habeis hecho creer
con las finezas que os debo
desde que murió mi padre.
Ans. Sabeis vos el fundamento
que tengo para apartarme
dias ha del lado vuestro?
Leon. Serán las ocupaciones
con que os hallaréis.
Ans. No es eso,
vuestra conducta me aparta
de vos, Leonardo. No quiero,
que la compañía vuestra,
eche á perder mi concepto
entre las gentes. A vos
os ven distraido, ciego,
abandonado, y en una
palabra, Leonardo, lleno
de vicios; y si me vieran
á mí siempre al lado vuestro
con aquesas mismas prendas
me creerian. Anselmo
os quiere bien, pero quiere
mas que á vos á su concepto;
el vuestro le habeis perdido
por despreciar mis consejos,
y aunque debiera enojarme
con vos, no me dexa hacerlo
mi buen corazon, y ya
lo estimes ó no, yo vengo
á reñir el abandono
con que vivís: Sé de cierto,
ese pernicioso trato
que teneis: Sé en poco tiempo
lo que en él habeis gastado;
sé el poco ó ningun aprecio
que haceis de muger é hijos,
sé que ni ella, ni ellos
han tenido que comer
muchos de los dias mesmos,
en que habeis vos malgastado
una suma, con aquellos
y aquellas que mas mormuran
de vos, aun en el momento
que os disfrutan. Sé que en dos
y tres dias, no habeis vuelto
á vuestra casa, y Quintina,
porque sus dos hijos tiernos
no perecieran, ha ido
mendigando por el pueblo
para sustentarlos. Ah,
Leonardo, en qué estado ha puesto
vuestro continuo abandono,
su rubor, su nacimiento
distinguido, y su virtud!
Vos no contento con esto,
inadvertido, habeis ya
disipado seis mil pesos
que os dexó vuestro buen padre
ganados en su gobierno
con mucho afan: por la falta
de dinero, está suspenso
aquel pleito interesado
que su viveza y su zelo
os dexó próxîmo ya
á sentenciarse. Los medios
que os grangeó su honradez
para que fuerais muy presto
colocado con ventajas,
vuestros continuos excesos
los han perdido, y en fin,
sin amigos, sin dineros
y con deudas, os hallais
en el mas próxîmo riesgo,
de veros en un sonrojo,
que, si pensais como Anselmo,
os quite la vida: Habeis,
reflexîonado un momento,
vuestra actual situacion,
y la de esos tres objetos
inocentes? No, yo sé
que si vos lo hubierais hecho,
os confundierais. En fin,
Leonardo, yo estoy contento
de haber hecho, lo que debe
un amigo verdadero.
Vos hareis lo que quisiereis
ahora, pero advirtiendo
si, que si no corregis
vuestro proceder, Anselmo
será el mayor enemigo

que tengais; pero si veo
que os mostrais arrepentido
de vuestros pasados yerros,
nada de quanto perdisteis
tendréis que llorar. Dinero,
proteccion, consuelo, amor,
todo en mí solo, os prometo
que lo hallaréis, y hallaréis,
como lo hallasteis un tiempo,
un amigo, que por todo
vale, quando es verdadero.

Leonardo, entre avergonzado y enternecido.

Leon Ay Don Anselmo, que llega
tarde mi arrepentimiento!

Ans. No tan tarde, que no pueda
hallarse todo remedio.
Pero callemos que sale *levantandose.*
Quintina. Los pies os beso,

A Quintina que sale con una caxita en la mano.

Madama.

Quint. Para serviros
siempre, Señor Don Anselmo.
Toma, Leonardo, que Felix,
dandole la caxita.
está llorando, y con vuestro
permiso voy á vestirle. *vase.*

Ans. Qué amable es? Me compadezco
de sus trabajos. En fin,
conocisteis vuestro yerro,
y deseais enmendarle?

Leon. Ay amigo, cómo puedo: : :

Ans. No mas: con toda presteza
me daréis para gobierno
una minuta de todo
lo que estuviereis debiendo,
y á quién, que yo mismo iré
á pagarlo.

Leon Oh Dios! *sorprehendido.*

Ans. No quiero
que vivais con la zozobra
que un noble vive, teniendo
acrehedores que llamen
á su puerta con imperio
y desvergüenza, que es
muy comun en los mas de ellos.

Leon. Ved que es suma muy crecida.

Ans. Sino lo es mas mi dinero,
lo es mi crédito. Formad
la minuta, mientras entro
á ver á Jacinto.
vase por la izquierda.

Leon. Oh
amigo el mas verdadero! *enagenad.*
tú á labrar de nuevo vas
la ventura que mis yerros
destruyeron. Muger falsa,
tus alhagos lisongeros
detesto ya: ni aun tu nombre,
hallar en mis labios quiero
mas en mi vida; el retrato
sacando un retrato.
de tu nocivo embeleso,
irá, donde ni un descuido
me le haga ver: estos, estos
sacando unos papeles.
papeles, que ahora me acuerdan
tus falaces juramentos,
romperé tambien y : : :

Sale Claud. Qué haces,
hombre? tú has perdido el seso?
de qué nace ese furor?
oh, qué papeles son esos
que ibas á romper?

Leon. No son
papeles, lazos son estos,
donde una falsa muger
aprisionó en otro tiempo
mis incautos años.

Claud. Malo,
si yo no busco remedio,
voló este pájaro. Cómo? *ap.*
de la Rita son? buen premio
dás al delirio que tiene
por tí; desde aquel momento
que de su casa saliste
esta mañana, diciendo
que no habias de volver,
la pobre está sin consuelo.
Ella llora, ella suspira,
ella grita: vaya, creo
que si no vas pronto allá,
pierde el juicio.

Leon. Quién, yo? pienso
no volver jamás.

Claud.

Claud. Si vieras
que locuras, y que extremos
hacia con tu retrato
luego que te fuiste, creo
que no hablarias así.
En fin, despues que diciendo
fue treinta mil disparates
por la casa, sin que Pedro
ni yo, bastáramos á
consolarla, aqueste pliego
escribió, regándole
mil veces con llanto tierno,
para su Leonardo. Lee,
lee, y despues hablaremos.
Le dá un villete.
Leon. De veras Claudin? *Con regocijo.*
Clau. Mira,
daria yo quanto tengo
por una moza tan firme
y tan amante. *Lee Leonardo*:
„Mi bien, mi vida, mi consuelo, mi
„Leonardo: *Representa.*
Oh qué acentos
tan dulces! *arrebatado.*
Lee:
„yo jamás te he ofendido ni aun con
„el pensamiento. *Representa.*
Pues, con qué fin
supondrián que Don Pedro
salió de su mismo quarto
tan tarde?
Claud. No es claro eso?
por la envidia que te tienen
los que ven que eres su dueño.
Lee:
„Si no quiéres dár crédito á mis vo-
„ces, y te parece que soy culpada,
„vén y dame un veneno para que
„muera por tí, quien por tí vive.
Representa.
Corazon, quien esto escribe
podrá ofenderme? *con ternura.*
Claud. Mas tierno
está ya. Solo esa carta
bastaría en mi concepto
á ablandar un corazon
de piedra ó bronce: eso, eso
es querer.
Leon. Será posible
que esto sea fingimiento?
Claud. Vaya, quisquillas á un lado,
y vamos los dos corriendo
á consolarla.
Leon. Hombre::: *como indeciso.*
Claud Vamos.
Leon. Pero, Quintina:::
Claud. Qué es ello?
Te ha pegado por las dos *con bufon.*
noches de distrahimiento?
Ha, ha, ha, qué chiste! Vaya
la verdad, la tienes miedo,
Leonardo? Se levantó
con el mando? Si, yo creo
que sí: Calzones: he, *con despres.*
qué vergüenza! Digo, y eso
quien se alababa que todos
temblaban en el momento
que entraba en casa.
Leon. Y lo digo.
Claud. Viene bien con lo que vemos;
dala alas, dala, verás
que dentro de poco tiempo,
te hace pedirla permiso
aun para::: vaya dexemos
esto, que me dá corage
pensarlo. En fin, tú de miedo
no vienes? es esto? pues
yo me voy, y al gran congreso
lo diré así. *partiendo.*
Leon. Espera.
Claud. Vaya,
te quedas ó vienes? Presto.
Yo lo siento, la verdad,
porque en faltando tú, creo
que entrará á mandar en xefe
la casa de Rita, un cierto
Marquesito, que hace dias
que solicita el empleo;
y yo sé que ella por tí
le desprecia; demás de esto,
sabes el bayle que yo
para hoy estoy disponiendo
de órden tuya, y si se dexa,
dirán, y con fundamento,
que aparentaste este enojo,
porque no tienes dinero

pa-

para costearle. Qué afrenta,
para quien en todos tiempos
pensó con tu esplendidez!

Leon. Dandotele yo al momento
no lo dirán.

Claud. Y has de ver
hoy en poder de otro dueño
aquella alhajita?

Leon. Alma,
con este dolor no puedo. *ap.*

Claud. *Ya cayó el pobre Leonardo*
de su Trono, irán diciendo
todos los que lo desean:
Ya reyna otro: por aquesto
solo, no dexára yo
su trato, aunque mil desprecios
sufriera.

Leon. Es verdad, Claudino,
ya estoy del todo resuelto: *con resol.*
no tendrán tal vanagloria
los envidiosos.

Claud. Me alegro.
Eso es pensar con honor.

Leon. Voy por la espada y sombrero.
Espera. *vase.*

Claud. Ya cayó. Bien
sabia yo que era el medio
mas fuerte para vencerle
picarle por el extremo
de la vanidad. Así
le he chupado yo muy buenos
reales, y me he divertido
á la ley, muy largo tiempo
á su costa. Pero él vuelve.

Sale Leonardo con capa, espada y sombrero.

Leon. Qué es lo que voy á hacer, Cielos?
Ya olvidé mi situacion? *como arrep.*
Este es mi arrepentimiento?

Claud. Amigo, qué pinpollitos,
para esta noche tenemos,
en el bayle? Digo, y todas
campan hoy por su respeto.
Vamos, vamos, y verás
qué rato tan estupendo!

Leon. Qué dirá Quintina? *Pensativo.*

Clud. Vaya,
que discurres?

Leon. Don Anselmo:::

Claud. Vamos. *asiendole del brazo.*

Dentro Jac. Padre.

Leon. Hijo. *queriendo ir á la idquierda.*

Claud. Vamos
con mil y mas.

Asido del brazo, se le lleva Claudino con precipitacion por la derecha. Por la izquierda Lucía y Jacinto.

Jac. Padre.

Luc. Luego
que ahora va de prisa.

Jac. Padre,
déme vm. siquiera un beso.

Luc. Hechale un galgo.

Jac. Ya se ha ido, *llorando.*
sin responder.

Luc. Vén, que presto
volverá.

Jac. Madre. *se entra llorando.*

Luc. Si vino
su amigo y su mensagero
qué habia de hacer? quizás
le habrá dado á su embeleso
algun parasísmo y va
á confortarla. Qué bueno
era para mí! le hubiera
arrancado por lo menos
los ojos! pero mi ama
se aniquila por momentos
callando mientras se está
el picaron divirtiendo
á la ley: mal fuego amen
en el mejor de estos tiempos. *vas.*

Aposento mas largo de la casa de Rita. Rita con peinador puesto, sentada al tocador y Perico, como picando un cigarro.

Rit. Mucho tardan ya. *con impaciencia.*

Per. No importa
muger: una vez que empeño
hizo, de traerle Claudino
no vendrá sin el. Es bello
mozo: sin adulacion,
para zurcir un enredo,
y estafar un par de duros,
no tiene igual: le habrá puesto
con su trapala, á Leonardo

mas mansito que un cordero;
tu verás como aun te pide
perdon, el gran majadero
siendo él solo el agraviado.

Rit. Quién le habrá ido tan presto
con el soplo?

Per. Algun vecino,
que salir vería á Pedro
de aquí. *llaman.*

Rit. Que llaman.

Per. He, ya *levantanse.*
cayó en la liga el gilguero.

Rit. Mira, que sepas hacer
el papel.

Per. Traiga el dinero,
y dexalo por mi cuenta.
Pues á fé que el niño es lerdo
para el caso. *vase por la derecha.*

Rit. Ahora conviene
fingir un poco de ceño
y esquivez, para que acabe
de quedar bien satisfecho
de mí, y me crea inocente.

Por la derecha Leonardo, y Perico, que le quita espada y sombrero.

Per. Venga la espada y sombrero
lo guardaré, no se manche.
Vaya, ecahdla dos requiebros,
y mimadla un poco, que ella
se ablandará. Pronto vuelvo. *vas.*

Leon. Rogarla yo? no lo piense.

Toma un libro y se sienta á un lado haciendo que lee.

Rit. Malo, no viene tan tierno
como creí.

Leon. Ni aun me mira,
y yo resistir no puedo
su enojo.

Rit. Pues yo no le hablo.

Leon. Tan tiesa es, que un dia entero
se estará allí sin hablarme. *ap.*
Me llamabas para esto?

Rit. Y viene vm. para esotro?

Leon. Qué he de hacer, quando te en-
de ese modo? (cuentro

Rit. Le han reñido
á vm. mucho?

Leon. A mí, quién?

Rit Bueno,
su muger: la ha echo ya
quatro cocos?

Leon. No por cierto,

Rit. La há pedido vm. perdon
para mitigar su ceño;
la verdad? y que yo sea
tan fatua que esté queriendo
á hombre casado? no mas,
vayase vm. al momento,
y jamás vuelva á acordarse
de mí, ni mi casa.

Leon. Pero
muger.

Rit. Nada.

Leon. Si yo solo
te amo á tí, y ya ni aun me acuerdó
de su nombre.

Rit. Habrá vm. ido,
la habrá dado fino, y tierno
un abrazo, y por dos dias
solos que á casa no ha vuelto
la habrá dicho mil mentiras,
porque no le pida zelos.
Los hijos habrán salido
á recibirle diciendo,
papá, papá. Que irá! Solo
de pensarlo me enfurezco.

Leon. Es posible amada Rita
que asi delires, sabiendo
que los aborrezco á todos
por tí.

Rit. Ah falso!

Leon. Sabe el cielo:::-

Rit. Que me engañas, y que yo
engañar de tí me dexo.

Por. la izquierda Perico alargandole un cigarro.

Per Vaya Señor Don Leonardo
dé vm. del mio, que es bueno,
quatro fumadas, y venga
ese otro, le picarémos,
y os haré algunos cigarros,
porque no os mancheis los dedos
con la melaza.

Leon. Os lo estimo.

Le da la bolsa, y Perico hace que pica el tabaco.

Per. Ya sabeis que yo no tengo
mas afan que el de serviros,
y quitaros el pellejo. *ap.*
Leon. Con mi amistad os lo pago.
Per. No es eso lo que yo quiero : *ap.*
y Claudino?
Leon. Luego viene.
Per. Supongo que ya dispuesto
estará el bayle, con todos
los requisitos que en ellos
acostumbrais. El pasado
fué en todo fino, y completo,
y os grangeó mil elogios
de las damas. No, ello es cierto,
que no hay otro Don Leonardo
para salir de un empeño
con lucimiento.
Leon. Qué mozo
tan entendido y atento!
Per. Esta, ha dado en la manía
de que no hade ir.
Leon. Cómo es eso?
no faltaba mas.
Rit. Lo dicho.
Leon. Y por qué?
Rit. Porque no quiero.
Leon. No tienes otro motivo?
Rit. Qué, no es bastante?
Leon. Yo creo
que no, y mas si es gusto mio
el que vayas.
Rit Necio empeño,
porque no he de ir. v m. vaya
y baile, hasta que los huesos
no quieran mas, y de paso
si le ha cansado este empleo,
como dá á entender, podrá
solicitar otro nuevo,
que plazas habrá vacantes
en el bayle.
Leon. Me condeno
con tus caprichos.
Per. Muger
no ves que:::-
Rit. No nos cansemos,
que no he de ir aunque me hicieran
tajadas. *vas.*
Leon. Pues qué hay de nuevo,
Perico? qué ventolera
la ha dado á Rita?
Per. Aquí entro *ap.*
yo con la mia,
Leon. Qué tiene?
Per. Nó veis? El humor rebuelto.
Leon. Por qué causa, qué la han dicho?
Per Hombre::- vaya, no me atrevo
á decirlo.
Leon. Qué teneis?
Per. Frioleríta es su genio:
si ella supiera que yo
lo decia, por lo menos
un año de Hospicio, sí,
me costaria á mí el cuento.
Leon. Yo os ofrezco un peso duro,
á mas de guardar secreto,
si me lo decis.
Per. Los hombres
de mi distincion:::-
Leon. Ya, pero:::-
Per. No hay pero que valga; un noble
no vende á tan baxo precio
las confianzas.
Leon. No hay duda.
Per. Pobre; pero nada de eso.
Ya veis, si me haría al caso
ese peso duro; pero
amigo una cuna ilustre
siempre inspira pensamientos
altos.
Leon. Tambien es verdad:
y es hijo de un alfarero. *ap.*
Per. Lo diré, porque os estimo,
y complaceros deseo,
no por interés. Ahora,
si á vos se os antoja luego
darme alguna friolera,
supongamos: pero eso
ha de ser por voluntad,
no por paga.
Leon. Ya lo entiendo.
Per. Pero por Dios, Don Leonardo,
no lo huela.
Leon. Yo os lo ofrezco.
Per. Es que::-
Leon. No tengais cuidado.
Per. Pues bien, voy á ver primero

si está escuchando.

Camina á la izquierda.

Leon. Si acaso
la habrá dicho el tal Don Pedro
que no vaya, y ella quiere
darle gusto. Vive el cielo
que si fuera así:::-

Volviendo Per. En su quarto
se ha encerrado, á lo que veo:
sobre que vos la teneis
trabucado todo el seso.

Leon. Yo?

Per. Si señor, vos: y el caso
es, que yo ni salgo, ni entro,
y pago vuestros enfados,
pues si quiero defenderos,
lo primero que halla á mano
me pone ella por sombrero:
y yo lo aguanto, porque
por vos:::- mas vamos al cuento:
el Don Pedro que os han dicho,
la hace mil cocos, es cierto,
y ayer::- digo Don Leonardo,
cuidado.

Leon. Perded el miedo.

Per. No haga el diablo que::- ya estaba
aviado.

Leon. Decid presto:
con qué sobreselto estoy! *ap.*

Per. Ayer, como iba diciendo,
la hizo un regalo que::- vamos
de rumbo.

Leon. Y dónde está?

Per. Bueno,
pues qué habia de admitirle
estando vos de por medio?
aunque él hubiera importado
mil doblones: pues buen genio
tiene, para recibir
ni un alfiler de sugeto
que ella no trata, y mas, digo
queriendoos con el extremo
que os quiere!

Leon. Pues qué hizo de él?

Per. Qué? volverselc, diciendo
que se fuera enhoramala,
que ni de él, ni sus obsequios
necesitaba.

Leon. Se puede
dar mayor fineza?

Per. Eso
es otra cosa: ella puede
tener muy maldito genio,
y estar siempre regañando
con vos; pero en el momento
que volveis la espalda::: vaya
si eso es mucho. Vos, ya creo
que conoceis á la Justa:
aquella de los ojuelos
saltones, descolorida,
que tuvo al marido enfermo,
y le envió á tomar ayres
á Zeuta.

Leon. Sí ya me acuerdo.

Per. Pues esa vino poco hace
á decirla, que un sugeto
de alto bordo, está hace dias
hecho un pobre majadero
por ella, y que sin mas fin
que::: vamos, verla, y entiendo
que visitarla, queria
cuidarla en un todo. A esto
añadió, que vos estabais
como decimos en cueros;
que muchas de sus amigas
por verla sin los arreos
decentes de moda, ya
no querian, ni por pienso,
tratarse con ella. Que
vuestra muger, en secreto,
estaba solicitando
con todo ahinco, perdernos:
vaya, la llenó los cascos
de tales cosas que::- es cierto
que os quiere, porque sino
ya hubierais perdido el pleyto
que un señor Indiano: amigo
es tentacion para un cuerpo
mayor: pero Rita, nada,
firme, que firme.

Leon. Todo eso
es envidia de la Justa,
porque ha dias que no quiero
convidarla á nuestras bromas.
Y qué no quiere por eso
ir Rita al bayle?

Per.

Per. Haced cuenta
que sí, y que no al mismo tiempo.
Pues como Justa la dixo
entre muchísimos cuentos,
que Doña Pepa, la Andrea,
la hermana de Don Matheo,
la Curra, y::- vamos, las mas
de las que van han dispuesto
estrenar para esta noche
sus cabriolés largos, de esos
de moda, y la chica, pues,
no le tiene: (yo ya veo
que tiene razon) no quiere
ir á ser de ellas y de ellos
irrision. Ya se vé, yo
la dixe, que en el momento
la traeriais vos uno;
tú que tal digiste, Pedro,
se puso, como acostumbra
algunas veces, diciendo,
que cuenta con que jamás
supierais vos nada de esto.
Que no queria obligaros
á unos gastos tan superfluos,
pues aun sentia en el alma
lo que os habia ya hecho
gastar en tan pocos meses.

Leon. Se dará mayor extremo
en muger!

Per. Por Dios, Leonardo,
no venga á pagar yo el cuento,
por haberos dado gusto.

Leon. Digo que perdais el miedo
que nada sabrá. Yo voy
al portal de manguiteros,
á escogerla un cabriolé
y enviarsele.

Per. Hasta el anzuelo
tragó. *ap.*

Leon. Vos, por entendido
no os deis, que yo pronto vuelvo.

Per. Yo? pues muy buena labor
hacia.

Leon. Dadme el sombrero
y la espada.

Per. Voy. *vase por la izquierda.*

Leon En un
terrible apuro me veo,
sino ha vendido Claudino
la cruz de diamantes. Ello
es preciso compensar
de esta manera el extremo
que Rita me tiene.

Sale Per. Vaya.

Limpiando el sombrero y la espada. y dandoselo.

tomad, que si yo no tengo
el cuidado de limpiarle
siempre irá con dedo y medio
de polvo.

Leon. Que buen muchacho

poniendose la espada y sombrero.

es Perico! *ap.*

Per. Viva un cuerpo
con ley. Sobre que en mirandoos
con cuidado, me embeleso.
Que no tuviera yo ese arte,
y ese personal!

Leon. Que ingenuo
es! Cuenta que procureis
ablandar un poco el ceño
de Rita. *vase por la derecha.*

Per. Vereis que afable
la hallais á la vuelta. Eso
si viniese el cabriolé,
que sino, verás que perro
te damos los dos.

Al paño Rit. Se fue?

Per. Sí ya va como un cordero
por el cabriolé. *sale.*

Rit. Pues bien,
marcha tú ahora corriendo
y avisa á Don Pedro.

Per. Voy.

Rit. Que le espero luego, luego:
y mientras él esto aquí
ponte al balcon, y:::-

Per. Ya entiendo. *vase.*

Rit. Segun me ha dicho Claudino,
Leonardo está poco menos
que en cueros: y pues ya sabe
su muger todo el enredo,
y yo estoy mal, si ella dá
alguna quexa, el remedio
es, darle unas dimisorias
reverendas, en cogiendo

el

el cabriolé. Lo peor
de todo es, que no me atrevo
á despedirle yo misma.
Pero no importa; admitiendo
á Don Pedro, de manera,
que él lo sepa, arderá en zelos,
querrá que le satisfaga,
yo no lo haré, y es el medio
de que enojado me dexe
(como otras veces ha hecho)
por unos dias: y entonces
me valgo de ese pretexto
para no admitirle mas,
en caso que vuelva luego
á buscarme. Buen arbitrio
es, para lograr mi intento
sin sonrojarme; y si acaso
no me sale como pienso,
le diré que por hallarse
casado, y saber de cierto,
que su muger solicita
perderme, ya no me atrevo
á darle entrada en mi casa.
Le diré que en todos tiempos
le amaré como hasta aquí:
que siempre será mi tierno
corazon suyo, y en fin,
que no admitirá otro dueño
mi alvedrio, aunque jamás
vuelva á verle. Si es tan necio
que lo cree, llevará
el desengaño á su tiempo;
y si no lo cree, yo
logro disfrazar mi intento,
y echar de mi sin vileza
un fastidioso estafermo,
casado, zeloso, y pobre,
que es el mayor de los peros. *vas.*

Calle: y sale por la izquierda Don Anselmo.

Ans. Valgame Dios, que perjuicios
acarrea en todos tiempos
á un jóven, un mal amigo!
ese vicioso mozuelo
de Claudino, es quien del todo
perdió á Leonardo. Lo siento
por su infelice muger,
mas que por él. Ya, aunque veo
su precipicio tan cerca,
reconvenirle no pienso
mas acerca de sus vicios.
No señor, no, yo no quiero
gastar tiempo ni saliva,
en saludables consejos,
para sacar tan buen fruto
como el de hoy. Bribonzuelo,
y qué bien hizo el papel
de arrepentido. Yo ofrezco
que no me vuelva á engañar
otra vez, aunque vertiendo
le viera, los lagrimones
como el puño. No; otros medios
mas seguros, tomaré
para corregirle, y eso
será, porque me lastiman
Quintina, y sus hijos tiernos,
que él:::- bribon. Vaya que me ha
sofocado de lo bueno,
con el chasco.

Camina ácia la derecha, y sale por ella Leonardo.

Leon. Donde diablos
le hallaré:::- mas Don Anselmo:
ahora me espeta un sermon
de hora y media.

Ans. El es; no puedo
contenerme. Ciertamente
que teneis un modo bueno
de cumplir vuestras palabras,
Leonardo.

Leon. Yo:::- sí:::- no encuentro
que decirle.

Ans. Bien pudierais
haber hecho mas aprecio
de mis años, quando no
de mi noble ofrecimiento,
y no dexarme plantado
como un babieca, alla dentro
esperando. He, no son esas
partidas de caballero,
señor Leonardo. A mí nada
me importa, que os echeis ciego
en un pozo de cabeza.
Loquead, malgastad el tiempo
y el dinero, que á bien que
nada gastais mio: pero

usad mas formalidad
quando trateis con los viejos.
Camina pausadamente ácia la derecha.
Leon. Oid, Don Anselmo.
Ans. Qué?
Leon. A ver si con esto puedo
desenojarle. *ap.*
Ans. Decid.
que voy de priesa.
Leon. No quiero
que ignorante de la causa
hagais tan baxo concepto
de mí. Delante de vos
me dió, si mal no me acuerdo,
Quintina, una caxa.
Ans. Así es.
Leon. Pues sabed que lo que dentro
encerraba, era una cruz
de diamantes; (nada quiero
ocultaros) por no haber
en el dia otro remedio,
para el gasto mas preciso,
pensé venderla, y viniendo
por casualidad, Claudino,
que es quien otras veces me ha hecho
igual favor, le rogué
que buscára algun dinero
sobre ella: mas como urgia,
y yo, la verdad, no tengo
mucha confianza de él,
salí á acompañarle; pero
creyendo que no formarais
tan amarga queja de ello.
Ans. Y qué es de la cruz?
Leon. En tanto
que fuí yo, á ver si un Platero,
amigo mio, queria
entrar en ella, fué el mesmo
Claudino, por otro lado
á ver si acaso un Prendero
le queria dar sobre ella
por el pronto veinte pesos.
Ans. Leonardo, sentiré mucho
que no hableis en todos tiempos
la verdad con un amigo
que os quiere bien.
Echando mano al bolsillo.
Leon. Surtió efecto
la treta.
Ans. Aquí están los veinte
le dá una moneda.
pesos: recoged la alhaja,
y volvedsela al momento
á Quintina. Haced la lista
que os dixe, que yo iré luego
por ella.
Leon. Oh, amigo, cómo
os pagaré lo que os debo?
Ans. Teniendo juicio, y mudando
de conducta.
Leon. Yo os lo ofrezco.
Ans. Lo creeré quando lo vea. *ap.*
Vaya, á Dios. *vase por la derec.*
Leon. Qué Don Anselmo
tan bonazo! Quál tragó
el embuste! Lo que temo
es, que no me vuelva á hablar
si sabe que he hecho dinero
la cruz, y el caso es que no hay
en el dia otro remedio
para salir del apuro
del cabriolé, que es primero
que todo. Pero aquí viene
Claudino. Chico, se hizo eso?
Vá á encontrar á Claudino que sale por la izquierda.
Claud. Qué he de hacer, si no hay quien (dé
un peso duro de empeño
sobre ella.
Leon. Por vida de:::
Claud. Mira, mira como vengo
de sudor. En quatro partes
he estado, y al fin me vengo
como fuí. Solo un Frances
me dixo, que si su dueño
queria venderla, él
la compraría.
Leon. Pues, necio,
por qué no se la has vendido?
Claud. Vendersela yo? Primero:::
Bribon: mil doscientos reales
se puso á ofrecerme. Creo
que si no me tiene Dios
de su mano, allí le estrello
contra el mismo mostrador.
Leon.

León. Muy poco es.
Claud. Tres mil lo menos
vale, arrojada á la calle.
Leon. Si diera mil ochocientos:::
Claud. No seas loco, aunque diera
los dos mil. Yo por lo menos
no la vendo. Ladronazos,
logreros: luego que olieron
necesidad, empezaron
á poner quatro mil peros
á la alhaja. Si era chica;
si era antigua; si era bueno
el oro: si los diamantes
eran blancos ó eran negros;
y yo apuesto á que si dan
como con freqüencia vemos
mil y quinientos, la venden
por tres mil.
Leon. Yo te lo creo.
Claud. Canalla: no han de lograr
la suya: toma, al momento
guarda esa joya, y en tanto
que no te la paguen, quieto,
que para abrasarla, chico,
siempre ha de sobrarte tiempo.
Leon. Pero hombre, si me hace falta
el dinero.
Claud. Buen remedio,
pedir á un amigo.
Leon. A quién?
si yo el único que tengo
es Don Anselmo, y á ese
le saqué estos veinte pesos
ahora?
Claud. Bravo, los diez
se quedarán, si yo puedo, *ap.*
dentro de un rato en la fonda.
Pues qué mas quieres? con ellos
y lo que tú tengas, basta
para la cera, y los ciegos
esta noche. No seas tonto,
los que quisieren refresco,
que se vayan al pilon
de la Cibeles. Llevemos
para nuestras conocidas
unos dulces, y laus Deo.
Leon. Todo eso está bueno, mas
si supieras tu el empeño
en que me hallo.
Claud. Antes que tú: *ap.*
quál chico? disimulemos.
Leon. Qué no quiere ir la Rita al baile
sin cabriolé?
Claud. Hombre, es cierto,
que si le llevan las mas,
como es regular, contemplo,
que no es honor tuyo, que ella
vaya sin él.
Leon. Pues por eso
es el apuro.
Claud. Ya estoy:
pero con todo no apruebo
que vendas tan malamente
esta alhaja: yo á lo menos
no he de intervenir. Ahí
la tienes, tú como dueño
haz un sayo de tu capa,
que yo Leonardo, no quiero
cargos de conciencia.
Leon. Hombre,
si no se halla otro remedio.
Claud. Mas vale que quedes mal
con Rita.
Leon. Oh! No; primero::-
me vendiera yo.
Claud. Eso es *ap.*
lo que se quiere. Yo mesmo
te disculparé.
Leon. Claudino
no te canses, que yo quiero
llevarla hoy el cabriolé,
pues de otro modo no puedo
premiar su desinterés.
Claud. No le sabes bien. Sí, eso
es verdad, que vale un mundo
esa muchacha es muy cierto.
Pero hombre, no es compasion
haber de dar á esos perros
una alhaja como esta
por tan poquísimo precio?
Leon. Qué compasion ni que droga.
Claud. En fin:: vaya, yo no quiero
saber nada. Ahí la tienes,
y allá te las hayas.
Leon. Bueno:
no me dexabas en mal

apuro para mi génio.
Vaya, guárdate la alhaja,
y sino puede tu ingenio
sacar algo mas, la puedes
dar en los mil y doscientos.

Claud. Ah pobrete que te clavas. *ap.*
Hombre, yo::

Leon. Claudino haz esto
por mí, y á Dios, que despues
en el café nos veremos.

Claud. Malo. Pues dónde vas tú?

Leon. A casa.

Claud. Has perdido el seso? *mirando el*
las dos: toma, ya en tu casa (*relox.*
hará una hora por lo menos
que han comido. Mira, vamos
á la Fonda, y echaremos
dos tragos á la salud
de el vegete D. Anselmo.

Leon. Hombre, si tengo por fuerza
que ir á casa.

Claud. Digo, hablemos
claro Leonardo, si lo haces
por no convidarme, aún tengo
yo un par de duros aqui
para un amigo.

Leon. No es eso,
sino que::-

Claud. Dexa disculpas,
y vamos.

Leon. Mañana irémos.

Claud. Si ha de ser hoy.

Leon. Hombre::-

Claud. Vamos,
y será el dia completo.

Leon. Vamos hombre, pero cree
que me haces mala obra.

Claud. Luego
puedes ir, mientras yo voy
á por los mil y doscientos
del pico. No tardaré *ap.*
en volver, pues conociendo
lo mismo que ha sucedido,
traigo conmigo el dinero
para comprar yo la alhaja,
y venderla á doble precio
mañana.

Leon. Si mi Quintina *ap.*
tendrá que comer? Mis tiernos
hijos::- *como suspendido.*

Claud. Suspenso ha quedado:
no sea, si me detengo,
que se arrepienta. Leonardo
vamos, y arda troya.

Leon. El pecho
me traspasa este discurso. *ap.*

Claud. Vamos, y como encontremos
al paso alguna fragata
de aquellas, cuyo gracejo
cura tus melancolías,
á remolque me la llevo
ácia la fonda, y verás
que bromazo tan completo.

Vanse por la derecha, y se dá fin al acto.

ACTO SEGUNDO.

El aposento de la casa de Leonardo. Lucia junto á los bastidores de la izquierda haciendo labor.

Luc. Mi amo no debe acordarse
que tiene muger é hijos,
ó piensa que se mantienen
del ayre; pues aunque ha visto
que ni habia que comer,
ni con que traerlo, se ha ido
esta mañana, y no ha vuelto
todavia: qué presidio!
ó que trabucazo, á quatro
pasos, por no errar el tiro!

Sale D. Ans. Qué aplicada estás Lucía!

Luc. Sí, señor, harto me aplico,
pero el caso es que no medro.

Ans. Qué mala eres! vé, y da aviso
á tu amo que estoy yo aqui.

Luc. A quién? *con bufonada.*

Ans. A tu amo.

Luc. Y digo, *levantandose.*
dónde está ese caballero?

Ans. Qué, tan temprano ha salido?

Luc. Primero será que á casa
haya vuelto.

Ans. Qué, no vino
á comer?

Luc. Está en venir. *con ironía.*

Ans.

Ans. Se puede dar menos juicio
que el de este muchacho? y yo
tan fatuo : : - vaya , mas niño
soy que él , pues asi me dexo
engañar. Y habeis comido
vosotras? di la verdad.
Luc. Sí , señor. *como avergonzada.*
Ans. No mientas.
Luc. Digo
que sí : ello fue algo tarde,
pero por fin ya comimos.
Ans. Y tu ama?
Luc. Estará allá dentro
llorando, que es su exercicio
contínuo.
Ans. Llorando? *con admiracion.*
Luc. Toma,
yo no sé como podridos
no tiene los ojos ya
de llorar.
Ans. Por qué motivo?
Luc. Por los gustos que la dá
mi buen amo.
Ans. Me lastímo
de la pobre. Pues qué hay?
Luc. Qué ha de haber, que es un perdido,
Volvieno la cabeza freqüentemente ácia la izquierda.
Señor , claro : aqui nos tiene
todo el año en un contínuo
cuidado. Se vá, y en quatro,
y cinco dias seguidos
no le volvemos á ver
el pelo , ni nos dá aviso
de donde está; de manera,
que mi ama y yo no dormimos
una noche , contemplando
lo que le habrá sucedido.
Ans. Pobres : vaya , yo me aturdo
de ver su abandono. Digo
que está el mundo muy trocado.
Luc. Lo peor es : : - si habrá salido
mi ama ? esperad un instante
iré á ver que hace. *Vase por la izquierda.*
Ans. En el siglo
pasado , señor , habia
mozuelos de poco juicio,
y hacian sus muchachadas
tambien ; he yo no me admiro:
pero este relaxamiento : : -
vaya , yo me escandalizo.
Sale Luc. No lo dixe ? como puños
tiene los ojos. Y digo,
qué adelanta ? aniquilarse,
y consumirse , que en cinco
meses escasos , está
que no es su sombra : y el niño
lo hace peor de cada dia.
Si á lo menos, el indigno,
nos dexára que comer: : :
Ans. Pues qué, no lo hace? *admirado.*
Luc. Sí ; ha habido
dia que : : - sale mi ama? *sobresaltada.*
Ans. No.
Luc. Es que lo primerito
que me encarga es , que no os diga
lo que pasa : y como á oirlo
llegára , pobre de mí.
Ans. Yo estaré alerta.
Luc. Pues digo
que hubo dia en que ni mi ama
ni yo , ni el pobre Jacinto,
nos hemos desayunado
hasta las quatro ó las cinco
de la tarde ; y eso es
porque yo misma he salido
á buscar seis ú ocho reales
prestados.
Ans. No puedo oirlo
sin horrorizarme. Y dí,
necia, por qué no has venido
á mí en tales ocasiones?
Luc. Porque mi ama no quiso
que fuera.
Ans. Es honrada, y corta
de genio , yo no me admiro.
Y hoy , cómo os habeis compuesto?
Luc. Hoy ? bien. *como avergonzada.*
Ans. Pero con qué arbitrio?
pues sé que no habia un quarto
en casa.
Luc. Quien os lo dixo?
Ans. Tú amo.
Luc. Aun por eso , por no
ayunar hoy , no ha querido
venir.

Ans. Dime la verdad,
quién os sacó del conflicto?
Luc. Nadie. *con disimulo.*
Ans. Dimelo.
Luc. Señor,
yo, que empeñé un jubon mio
en la tienda.
Ans. Me parece
muy bien, que hayas redimido
la necesidad de tu ama
á tu costa. Me contristo
de oirla.
Luc. Pero es el caso,
que todos esos arbitrios
se acabaron: pues los pocos
trapos, que tenia mios
están empeñados ya.
Ans. No te aflijas, que yo mismo
cuidaré de todo. Voy
á ver á tu ama. Un prodigio
es la Lucia. *entrando por la izq.*
Luc. Si no
se queda la oferta en dicho,
no estamos mal: Pero aquí,
el general de los Pillos
viene, si yo no me engaño.
Mirando á la derecha, por donde saldrá Claudino.
Sí: qué grillete tan lindo
se pierde! *sentándose.*
Claud. Qué hay, Luciguela?
Luc. Mucho, y muy mal repartido.
Claud. Y qué se dice de nuevo
por acá?
Luc. Que hay en presidio *con intenc.*
mil vacantes, y que van
buscando, con todo ahinco
para proveerlas, hombres
de mérito conocido.
Claud. Qué taimada eres!
Luc. Un poco;
pero aun hay en el corrillo,
quien me gana.
Claud. Seré yo.
Luc. Eso es lo que yo no he dicho.
Claud. Viva la chuscada. Sabes
que desde este instante mismo,
te voy queriendo unas miajas?
Luc. Sabe vm. que se lo estimo
muy poco?
Claud. De veras?
Luc. Pues.
Claud. Venga esa mano de amigos
por la claridad.
Luc. Miz, miz.
Claud. Qué haces?
Luc. Llamar al Gatito
que la tendrá mas suave.
Claud. Qué fina eres!
Luc. Me lo han dicho *con secatura.*
Vaya, viene vm. á verme
á mí, ó á mi ama? Prestito.
Claud. A las dos.
Luc. Pues voy á entrar
recado. A qué habrá venido
este truan? *entra por la izquierda.*
Claud. Qué sacudida
es la chica! No es el hijo
de mi madre, quien con ella
se ha de andar en silogismos,
no. Mas ya sale Quintina.
Por la derecha Quintina.
Madama, nada soy mio
por ser todo vuestro.
Quint. Besoos
la mano, señor Claudino.
Claud. Es posible que una dama
de un mérito distinguido,
pase la flor de sus años
en este rincon? Pues digo,
qué guardais para la triste
senectud?
Quint. Señor, Claudino:
la muger, que como yo
tiene á su cargo el preciso
gobierno de su familia,
prefiere á todo el retiro
de su casa, pues en ella
tiene cuidados distintos
que la llaman la atencion.
Claud. Madama, ese un delirio,
y es apartarse en un todo
del venturoso camino
que siguen las damas cultas
y sabias, en nuestro siglo
ilustrado. Que esclavicen

los cuidados que habeis dicho
á una menestrala, pase:
pero aquellas que han nacido
entre sedas y brocados,
han de obscurecer los brillos
de su grandeza, entregadas
al odioso mecanismo
de cuidar si se recose,
si se plancha, si los hijos
rezan, si estudian, ó están
los criados divertidos?
Ese cargo es solamente
propio de un criado antiguo,
y quando mas, de una madre
ó suegra, que en los lucidos
concursos, no sirven ya
mas que de estorvo prolijo.
Las lozanas hermosuras
han de gozar los festivos
ratos de la sociedad,
haciéndola con su hechizo,
mas grata á los hombres, pues
si hicieran todas lo mismo
que vos, pobres mozos; todos
viviéramos aburridos.

Quint. Podrá ser muy acertado
quanto hacen las que habeis dicho;
pero yo prefiero á todos
los paseos, mi retiro.
Sin embargo, algunas veces
saliera, si los continuos
quehaceres de mi Leonardo,
le permitieran venirnos
á acompañar.

Al paño D. Ans. Aun está
aquí: á qué habrá venido?

Claud. Pues qué, sin él no podeis
salir?

Quint, Sí; pero imagino
que en una muger casada
no puede ser muy bien visto
salir sola, y menos sin
licencia de su marido.

Ans. Qué juicio!

Claud. Qué disparate
tan gracioso! pues qué, digo,
os la pide él para ir
donde quiere? Ese delirio,
es el que esclaviza á muchas
mugeres. El alvedrio
ha de ser libre en entrambos:
vos debeis hacer lo mismo
que él, y vereis que aunque un poco
se resienta en los principios,
á pocos dias se hace
el cargo que otros maridos.
Si él sale, salid: si él
se divierte, divertios:
pues sino, vais á secaros
en quatro dias.

Ans. Qué dignos
consejos!

Claud. El gasta, él triunfa,
va al teatro de continuo,
freqüenta el paseo, tiene
sus bayles, no hay requisito
que no busque para estar
todo el dia divertido,
pese á mí, pues por qué causa
no habeis de hacer vos lo mismo?

Quint. Porque el pundonor impone
á la muger otros grillos
que al hombre.

Claud. Esa boberia
vuestra, pierde á los maridos,
y os hace á todas vivir
en un perpetuo martirio.
Ven en sus tontas mugeres
mucha humildad, mucho mimo:
se engrien con esto, y creen
que gozan un despotismo
sobre ellas. De aquí dimana
que ellos viven distrahidos,
y ellas encerradas siempre
con tal miedo á los maridos,
que ni aun respirar aciertan
sino les piden permiso.
Se cansan de ellas, y toman
un pasatiempo nocivo,
en que malgastan el tiempo
y aun los bienes de sus hijos
y mugeres, confiados
en que éstas han de sufrirlo
por fuerza. Tontas, si todas
mostráran en un principio
los dientes, y procuráran ha-

hacer en todo lo mismo
que ellos, ellos se abstendrian
de muchas cosas. Me explico,
Madama? pues este carro
os coge desde los mismos
pies á la cabeza. El buen
Leonardo ha prevenido
á costa suya, un gran baile
para esta noche: consigo
llevará á su Ninfa hermosa
muy ufano, y muy tranquilo;
y por qué? porque ve, que
aunque vos lo habeis sabido
callais y sufrís, y en tanto
que él está allí divertido;
sabe que os tiene segura
en casa. Este gasto, digo,
y el de un cabriolé, que acaba
de regalar á su hechizo
para este baile, decidme,
á costa de quien ha ido?
A la vuestra, que no solo
no os vengais de sus desvíos,
sino que le dais alhajas
para seguir sus caprichos.
Amiga, esa es demasiada
paciencia; y aunque es mi amigo,
no quiero disimularos
sus excesos. Vos, clarito,
teneis la culpa de todo.
Me diréis, que con qué arbitrio
le habeis de atraer? pues dar
queja á un Juez contra un marido,
es dar una campanada:
cierto es, pero yo me obligo
á daros un medio, mas
suave para conseguirlo.

Quint. Y es?

Claud. Que vos mudeis de vida.
A vos no os falta atractivo
para cautivar al hombre
que os haya mas complacido
entre quantos conoceis.
Con él, pues, á divertiros
salid, frequentad con él
los paseos: de continuo
presentaos en los teatros,
y aunque os costase el fingirlo,
dad á entender que le amais
tiernamente, que yo fio,
que en oliendolo Leonardo,
ha de venir mas mansito
que un cordero en busca vuestra.

Quint. Se puede dar mas indigno
caracter! *ap.*

Ans. Bribon, no sé
como tanto me reprimo. *ap.*

Claud. Este, Madama, es el medio
mas cierto de corregirlo.
Si os detiene el no saber,
de quien fiar un designio
tan delicado, yo ofrezco
en este empeño serviros,
aunque sienta, el saber que
vendrá á ser vuestro cariño
aparente, que no es poco
doler, para quien tan fino
y verdadero os le tiene
dias ha, y:::-

A un tiempo Quintina y D. Anselmo saliendo por la izquierda.

Los 2. Basta.

Claud. Qué miro!
Don Anselmo.

Ans. Basta, hombre
seductor y mal nacido.
Perdonad, señora, si
qual fuera el agravio mio,
y no vuestro, ya que no
á castigarlo, á reñirlo
me propaso. Decid, mozo
perverso, qué mal os hizo
la virtud de aquesta jóven,
que con disfraz tan no visto,
con cautela tan infame,
con pretexto tan indigno,
tan de mano armada, hoy
contra ella habeis venido?
No os basta, no os satisface
el haber ya corrompido
con vuestros abominables
consejos, con vuestros vicios
enormes, á su inocente
y poco cauto marido,
sino que aspirais tambien
á perder con artificios

el recato de su fina
esposa? No os enternece
verla en un llanto continuo
por vuestra causa, sino
que á aumentarla habeis venido
sus penas, con esa viva
pintura, de los desvios
de Leonardo? Con que, para
apartarle á él de sus vicios,
aconsejais á su esposa,
que se entregue ella, á los mismos?
he salid de aqui mal hombre,
si no quereis que impelido
de mi honradez, pase á hacer
con vos algun desatino.

Claud. Embaine vm. Seor Carranza,
no se pierda por tan chico
pleito, pues una vez que
está ya el caso entendido,
no volveré á darle zelos.
Vaya, Madama, ya he visto,
por qué estabais vos tan séria
y circunspecta conmigo:
qué habiais de hacer, si estaba
Diógenes escondido?
Al menos, para aliviar
las ausencias de mi amigo
Leonardo, un mueble estupendo
habeis por cierto escogido:
ochenton, y con mas lacras
que el potro de Valdobinos.

Quint. No seais tan insolente
y mala lengua Claudino.

Ans Mi espada sabrá:::-

Quint. Tenćos.

Don Anselmo queriendo sacar la espada, y Quintina deteniendole.

Claud. No os altereis, que en mi juicio
se dexó la llave en casa. *con bufonad.*
Vaya, reñid á ese niño,
y que sea para bien
el nuevo empleo. *vase.*

Ans. Atrevido, *en acto de seguirle.*
espera, verás si yo
te enseño en lo succesivo,
á respetar más las canas.

Quint. D. Anselmo, yo os suplico dexe
que os sosegueis por ahora (*teniendole.*
pues importa al honor mio.

Ans. Si haré, Madama, mas yo
le aseguro al tal Claudino,
que me las ha de pagar
bien pronto.

Quint. Vuestro peligro
mirad.

Ans. No temais, que el medio
que para ello me ha ocurrido
es seguro. Vos, señora,
jamás sigais el camino
que os mostró ese vil, ni menos
os afiijais, que yo fio
que tengamos muy en breve
á Leonardo corregido,
quieto, y poseedor de un bien
que no pensais. Vaya, idos
á cuidar de los muchachos
con un ánimo tranquilo,
que yo voy á dar un paso
importante á mis designios,
y volveré á daros cuenta
de lo que haya.

Quint. El cielo mismo
guie vuestros pasos, y oiga
piadoso los ruegos mios.

vase por la izquierda.

Ans. Si hará. Cierto que es muy digna
de compasion: su marido:::
vaya que es fatal: No hay mas,
á costa de mi bolsillo
le ha comprado el cabriolé.
Cierto que soy muy bendito,
lo conozco: pero ochavo
me vuelva yo, si otro mio
vuelve él á ver: no; á las tres
va la vencida. Pues digo,
el confidente: bribon,
decirme á mí en mis hocicos,
que tenia yo mas lacras
que el potro de Valdobinos:
Vaya, que quando me acuerdo
de esto, me entra un sudor frio.
Como llamarme ochenton
el mocoso, y no he cumplido
los setenta y dos. No, yo
le diré, cuantas son cinco. *vase.*

Aposento mas largo de la casa de Rita,

ta, con varios taburetes al frente, y sentados sin orden, á un lado Dionisio y la Poncha: mas allá Narciso templando una guitarra, y al otro lado, la Curra hablando con Perico.

Dion. Pues Ponchilla, no tengamos
camorra luego. Ya he dicho
que no me gastes parola
con naide. Baylar conmigo
no mas: sentarte á mi lado,
y si va á ocupar mi sitio
alguno, mientras yo voy
á echar un cigarro, chito,
y jopo á otro lado. Estamos?

Ponc. Ya estamos.

Per. Oyes, Narciso,
se acabará de templar
esa guitarra?

Narc. Maldito
sea el bordon.

Per. Trae, á ver
si yo la arreglo.

Cur. Sí, chico,
que ese está muy poco diestro
en templar guitarras.

Por la izquierda Claud. Digo
muchachas, mientras se hace hora
de ir al bayle prevenido,
no se pierda el tiempo. Vamos,
fuera mantillas. Narciso,
canta unas boleras tú,
y que las baylen Dionisio,
y la Curra.

La Curra levantándose, y dexando la mantilla.

Cur. Si por mi
no llueve, agua Dios.

Claud. Pues chico
fuera capa, y arda Troya.

Dion. Si ha de ser, saco mi ruido, *poniéndose las castañuelas.*
por lo menos templaremos
este cuerpo empedernido
para despues.

Per. Viva un hombre.

Narciso canta una seguidilla, Dionisio y la Curra la baylan, y al acabarla sale Rita, vestida lo mejor que pudiere de maja.

Todos. Bien.

Per. Y bien parados, chicos.

Claud. Plaza, que sale la reyna
de las mugeres.

Rit. Lo he visto.

Claud. Y apuesta, chica, que estás
de lo mas crudo y reñido.

Rit. Estoy, pues.

Ponc. Mira, como esta *á Dion.*
peineta, es la que yo digo.

Cur. Quánto cuesta?

Rit. No lo sé.

Per. Preguntarselo al amigo
Leonardo. *ap.*

Rit. Mi mayordomo
paga, y trae: yo recibo,
y nunca pregunto el coste.

Cur. Fachenda, y no habrá comido
quizás.

Narc. Se bayla, ó que se hace?

Per. Sí, sí, vaya otro poquito
de tentacion.

La Rita se sienta junto á la Poncha, y acabados los siguientes versos, repiten las seguidillas antecedentes.

Ponc. Y Leonardo?

Rit. No sé.

Ponc. Pues qué, habeis reñido?

Rit. No por cierto.

Ponc. Y que tal, suda?

Rit. Poca cosa.

Ponc. Pues amigo,
mudanza de tiempo.

Ahora baylan, y al acabar llaman á la puerta.

Rit. Ve
á abrir, que llaman, Perico.

Claud. Este es Leonardo.

Per. Le habremos
de recordar lo ofrecido,
ántes que se mude.

Vase por la derecha.

Claud. Oyes, *á Rit.*
echale como al descuido
alguna indirecta, á ver

si

si nos lleva algun poquito
de ambigú para esta noche.
Narc. Dice bien, chica, al caído
darle un rempujon.
Sale Per. Por tí. *á Rit.*
pregunta, un Don Calainos,
y dice, que quiere hablarte
dos palabras.
Claud. Que entre chico, *vas. Per.*
y si es algun pretendiente,
verás como nos reimos
un rato.
Rit. Pero hombre:::-
Claud. Qué?
arderá en zelos el niño
de casa, si viene, he? mira
que malo.
Sale Perico, y despues Don Anselmo.
Per. Entre vm.
Claud. Qué miro?
Don Anselmo es; si vendrá *ap.*
á sacarme á desafio? *con bufonada.*
Ans. Aquí está esta buena alhaja;
reparando en Claudino.
vaya, ya me ha removido
todo el humor. Lo ochenton,
no, no lo echo yo en un siglo
del cuerpo. Muy buenos dias,
Señores.
Claud. Callemos chicos.
Hacen que hablan unos con otros, sin mirarle.
Rit. Qué es lo que á vm. se le ofrece?
Ans. La atencion que usan conmigo *ap*
me ha gustado. Es vm. la ama
de este quarto?
Rit. Y del cortijo.
Ans. Quisiera hablar con vm.
dos palabras.
Rit. Hable cinco
y le oirémos.
Ans. Quisiera
que fuese á solas.
Rit. Ay hijo,
tengo miedo de estar sola
con un hombre.
Ans. Ya lo han dicho
las señas. *ap.*
Rit. Si viene vm. *con bufonada.*
con pretension de marido,
digalo, y por de contado
no habrá que buscar testigos.
Ans. Sudando estoy ya de verme
entre esta gente metido. *ap.*
No señora, no me trae
tan ridículo designio,
sino el de pedir á vm.
se duela de el excesivo
dolor, con que hace vivir
á una muger, desde el mismo
instante, en que en esta casa
puso los pies su marido.
Leonardo, señora, ciego
por vos, ni se acuerda de hijos
ni de muger. Mis consejos,
y paternales oficios,
no bastan á retirarle
de vuestro trato. No digo
que este sea malo, pero
es el que le ha distrahido
de aquellas obligaciones:
y aunque su muger es fijo
que con haber dado quexa
á un Juez, hubiera podido
remediar este desorden,
tiene demasiado juicio,
y no ha querido causaros
este pesar, sin pediros
antes, que vuestra prudencia
dé á su desconsuelo alivio,
con el oportuno medio,
de no dar á su marido
mas entrada en vuestra casa.
Esto es lo que yo os suplico
en su nombre, confiado
en que vendré á conseguirlo,
si vos prudente, advertida,
honesta, y de un compasivo
corazon, reflexîonais
el estado triste y digno
de lástima, de una joven
que conoce los desvios
de su esposo, y está viendo
que por pagar el cariño
vuestro, ni atiende, ni paga

el

el suyo, y el de sus hijos.

Rit. Ha, ha: vaya que es graciosa la embaxada; ha, ha: chicos *con una risa descompasada.* no la celebrais?

Tod. Ha, ha. *con mofa, sin mirarle.*

Ans. Habrá canalla.

Rit. Ha: digo, *con bufonada.* es vm. procurador, de esa señora?

Ans. Su amigo soy no mas.

Rit. Pues digala, que podia haber tenido á mucha honra, que viniese á mi casa su marido: pero que si tiene zelos, que le ponga un par de grillos, ó le ate al pie de la cama, que yo aunque no necesito sus visitas para nada, no tengo hasta ahora motivo para desairarle.

Ans. Ved, que quizá podréis sentirlo.

Rit. Ha, ha, ha.

Todos. Ha, ha.

Ans. Estoy por::- vaya yo me precipito sino me voy.

Claud. Don Anselmo, no hagais caso de estos chicos, que son muy malos.

Ans. Bribon. *caminando ácia él.*

Per. Dexale.

Dionis. y las 3. Ha, ha.

Per. Abuelito, no se formalice vm.: vaya, seamos amigos, y venga acá baylará unas boleras.

Curr. Conmigo, conmigo.

Ans. Yo, yo os daré las boleras. *Vase por la derecha.*

Per. Orrio, digo. *Siguiendole.*

Narc. Vuelve vm.?

Claud. Oyes, cuidado no haga aqui algun estrupicio, si echa mano al asador.

Per. Vaya, va tan aturdido *volviendo.* el buen señor, que no encuentra por donde salir.

Rit. Pues vino con bellísima embaxada, para mi genio. Perico pues va anocheciendo ya, dame el cabriolé. *Vase Perico por la izquierda.*

Claud. Esto es irnos, segun las señas.

Rit. Andando.

Narc. En verdad que nuestro amigo Leonardo pudiera haber tomado un coche.

Cur. Lo mismo digo yo, pues ya se sabe que el mas pobre oficialillo de Sastre, le toma quando dá, un bayle.

Rit. O, es muy cumplido el muchacho.

Sale Perico con el cabriolé y la mantilla: lo toma Claudino, y se lo vá poniendo á la Rita.

Dion. Hombre quién sabe si tendrá el pobre cumquibus.

Claud. Aún quedan unos quartejos, segun tengo yo entendido.

Narc. Mas serán para los ciegos.

Claud. Eso ya está en mi bolsillo asegurado, rato hace.

Per. Bien hecho.

Claud. Bobo es el niño, para que se le pegase el gasto del baylecito á los costillas: no, ya estamos solventes.

Per. Chico, no ha habido algun pesoduro de pico, para frasquillos?

Claud. Qué, soy yo tan miserable, que teniendo hoy á mi arbitrio el bolsillo de un garboso, no habia de haber subido la cuenta algo mas, por sí se ofrece hacer un cumplido?

Per. Bien, viva un hombre.
Cur. Oyes, chica,
está el cabriolé exquisito,
y quanto?
Rit. No sé: tres onzas
le di esta tarde á mi primo,
no sé lo que le ha sobrado.
Per. Sobrar? dexa: veinte y cinco
reales y medio que yo
añadí de mi bolsillo.
Cur. Con su medio y todo.
Per. Toma,
capáz es de haber partido
un maravedí por medio,
el tal Manguitero.
Claud. El niño,
quál sabe su obligacion! *ap.*
Rit. Pues, señor, ya estamos listos.
Quedate tú, y si viniese,
dile: : - *á Perico.*
Claud. Que nos hemos ido.
Per. Y si se enfada?
Rit. Tendrá
dos trabajos.
Claud. Muy bien dicho.
Rit. Vamos, chicas.
Per. Está bien:
vaya, hasta luego. Cludino
cuenta, que no se te olviden: : :
ya entiendes.
Claud. No, yo lo fio.

Parten todos por la derecha. Noche: aposento corto de la casa de Leonardo. Al levantar el telon, llaman á la puerta, y sale por la izquierda Lucia con luz.

Luc. Ya ván; señor, y qué prisa.

Hace que abre, y sale D. Anselmo.

Ans. Lucía, y tu ama? *con alguna*
Luc. Ha salido *(agitacion.*
poco ha.
Ans. Lo siento: y no sabes
dónde fue?
Luc. Nada me dixo.
Ans. Ni sabes si tardará?
Luc. Tampoco.
Ans. Vaya, este chico
me hará perder la chaveta.
Pues yo no me determino
á volver á la tal casa:
no por cierto: un tabardillo
creo que tengo yo acuestas
desde entonces: sí: bonitos
son los muchachos: pues ellas:
vaya á qual peor: y es preciso
avisarle; ese es el caso,
pues sino: : : por San Longinos
que no sé que hacer.

Habrá estado observandole Lucia con alguna sonrisa.

Luc. Qué estais
pensando?
Ans. Acá estoy conmigo
ajustando cierta cuenta.
Con que tú no has presumido
dónde ha ido tu señora?
Luc. Señor, lo que es presumirlo,
sí: pues luego que os marchasteis
empezaron los dos niños
á pedirnos pan, y como
no lo habia, y mi bendito
señor, no tenia traza
de venir, me dió al proviso
mi ama una sabana nueva,
para que al instante mismo,
fuera sobre ella á buscar
pan y aceite; pero quiso
patillas, que ni uno ni otro
hallase, habiendo corrido
ceca y meca. He, aqui empezaron
á levantar mas el grito
los muchachos, y la madre
á llorar: yo no me admiro,
porque eran capaces de
quebrantar los angelitos
á las piedras. Yo no soy
zalamera, mas de oirlos,
empecé á llorar, de modo: : :
vaya me hubiera vendido
por remediarlos.
Ans. Ah pobre,
qué afligida se habrá visto! *ap.*
Luc. Ya, al fin, harta de llorar,
y tan mala, que os afirmo
que no podia tenerse,
salió poco ha con Jacinto,

y sin duda en busca vuestra.

Ans. Puede ser: voy, voy prestito.
hace que se vá, y vuelve.
á ver si la encuentro: pero
no, no; el hombre prevenido
vale por dos: sí, mejor
sacando el bolsillo.
será: mira, aquestos cinco
dándola unas monedas.
duros, son para que saques
la ropa tuya que has ido
empeñando: y estos dos,
para traer lo preciso
esta noche: pero mira,
que ni á tu ama has de decirlo:
entiendes?

Luc. Bien está.

Ans. Pues
cuidado. *vase.*

Luc. De estos amigos
cerrando la puerta.
hay tantos como garbanzos
de á libra. Muchos he visto
que dán muy santos consejos
á todos, pero el bolsillo
con quarenta nudos. Este
dá consejos y cum quibus,
y en vez de irlo pregonando,
como lo hacen infinitos,
me encarga á mí que lo calle.
Pero ya creo que el niño
está despierto; voy, voy
á ver si puedo dormirlo,
porque si no habrá clamor
para un rato muy cumplido. *vase.*

Noche. Teatro de calle: sale por la derecha Quintina, con mantilla y basquiña muy humilde conduciendo de la mano á Jacinto.

Quint. Buen Dios, pues ves la afliccion
y amargura en que me miro,
y que no tengo en la tierra
de quien esperar auxîlio,
tú me socorre.

Jac. Allí hay
pan, madre, entrémos.

Quint. Ay hijo
de mi alma! Ya no sé
cómo callarle.

Jac. No ha dicho
vm. que ahora iba á comprarlo?
Pues allí hay, que yo lo he visto.

Quint. Sí, calla, ahora irémos.

Jac. Madre,
pronto, que estoy muertecito
de hambre.

Quint. Sus voces traspasan
mi corazon. Ay querido
Leonardo, si aquestos ecos
llegáran á tus oidos!
Ah, si vieras el estado
de tu Quintina y tus hijos
como el es! Ah, si supieras
el fondo de su cariño
y ternura! Ya no puedo
darte de él mas claro indicio
que éste. Voy á mendigar
por tu causa: sí, me humillo
á este exceso, sin quexarme
de que me pongas tu mismo
en tan triste estado, que es
la mayor prueba del fino
y firme amor que te tengo,
á pesar de tus desvios.
Ven Jacinto mio, ven.
Caminando á la izquierda y sentándose al umbral de una puerta, que deberá figurar un bastidor.
sentémonos un ratito
á esta puerta, y si es que pasa
alguno por este sitio
pedirémos que nos dé
para pan; pero hijo mio
no lo has de contar á padre,
no?

Jac. No señora.

Quint. Le estimo
demasiado para darle
esta pena. Era preciso
que de vergüenza y dolor
se confundiera al oirlo.
por la derecha Leonardo.

Leon. Ah vil muger, qué mal pagas
mi ceguedad! con qué indigno
disimulo, mientras yo
bailaba un minué, se ha ido,

y me ha dexado! Sin duda
estaria ya de aviso
con Don Pedro, y la ha esperado
en la calle: Sí, mi mismo
sobresalto me lo dice:
pues ingrata, yo te fio
que no disfrutes ni un dia
tu nuevo amor. Yo ya miro,
que voy á perderme; pero
quien se ve ya tan perdido,
por creer en tus cautelas,
acabe este instante mismo
de perderse, por vengarlas:
sí, ya el respeto de hijos
ni muger han de librarte
el horroroso castigo,
que mereces: de tu sangre
beberé, y la de ese impío
por quien me dexas.

Camina como enagenado ácia la izquierda, al verle Quintina se levanta, y Jacinto le sale al encuentro.

Jac. Señor,
me dá vm. un pedacito
de pan?

Leon. Oh Dios, no es la voz *como sorprehendido.*
de mi adorado Jacinto!

Jac. Señor, que tengo mucha hambre,
y en mi casa no hay pan.

Leon. Hijo *enternecido.*
de mis entrañas; tú en esta
situacion por mis delitos?

Jac. Madre, este señor no quiere
darme pan.

Leon. De un sudor frio
se cubre mi cuerpo. Alma,
si será la que aquí miro
Quintina? Pero yo sueño
sin duda: sí; este es delirio
de mi fantasía. El eco
tierno de mis dulces hijos
que continuamente está
sonándome en los oidos
me hace creer que es su voz
la que oigo.

Quint. Por Dios os pido,
que remedieis mi cruel
urgencia.

Leon. Piedad, Dios mio
que es ya muy fuerte este golpe
para mis fuerzas. Mi hijo
y mi esposa son. Ya es fuerza
para no ser conocido
encubrirme bien. Oh padre
el mas bárbaro que han visto
los tiempos! Oh virtuosa
Quintina! Oh pedazo digno
de mis entrañas! Vosotros
mendigando el dia mismo
en que yo expendo una suma
considerable, en nocivos
devanéos! No sé cómo,
no me confundo yo mismo
al acordarlo: no sé
cómo no muero oprimido
de mis culpas, al miraros
en un estado tan digno
de compasion, por mi causa.
Pero pues me he conocido,
aunque tarde, yo os ofrezco
desde aqueste instante mismo
tanto amor, como hasta aquí
visteis en mí de desvio.
Y tú, perversa muger,
que con arte tan indigno
me hiciste negar á entrambos
la ternura á que los hizo
acrehedores la misma

Saca una moneda y se la dá á Quintina.

naturaleza; tú impío
monstruo, que tan mal pagaste
mi ceguedad y delirio,
teme mi furor, pues si antes
iba contra tí ofendido
no mas, ahora voy tambien
de quererte arrepentido. *vas.*

Quint. Dios, que es el que puede, os pague
la piedad, que usais conmigo.
Ay Leonardo, á todos hieren
nuestros ayes doloridos
menos á tí. Ven mi vida.

Jac. A comprar pan?

Quint. Sí, hijo mio.

Jac. Gracias á Dios.

Quint. Quánto siento *asiéndole de la mano.*
no haber aquí conocido
á el que socorrió con mano
generosa mi conflicto
para vivirle obligada
siempre; pero mis continuos
ruegos, pedirán á Dios *(derecha.*
le colme de beneficios. *vanse por la*

Aposento de la Rita: ésta sentada al tocador, en que habrá dos luces, como quitándose la peineta.

Rit. Este sin duda es Leonardo,
que vendrá, á lo que imagino,
muy zeloso, y el pobrete
no sabe el chasco cumplido
que le espera.

Por la derecha Leonardo presuroso con un puñal en la mano, y una luz: entra por la izquierda, y sale observandole Perico, y Rita permanece sin volver el rostro hasta los versos siguientes.

Per. No hay que hacer;
vamos, este perdió el juicio.
Rit. Qué es ello?
Per. Que sin hablar
una palabra, ha cogido
una luz, y registrando.
anda los mas escondidos
rincones con un puñal
en la mano.
Rit. Pobrecito,
le habrán picado los zelos
sin duda. Tú, de este sitio
no te muevas, y procura
hacer quanto yo te he dicho.
Per. Ahora que ya pillé el duro,
mas que carguen veinte y cinco
sastres con él. *sentandose.*

Vuelve á salir Leonardo como pensativo.

Leon. Zelos, zelos,
para qué, sino hay indicios,
me atormentais? Mas no pudo
ese hombre haber venido
con ella hasta aquí, y volverse,
viendo que era muy preciso,
que viniera yo á buscarla
al echarla menos? Digo,
que es muy posible: oh, que siento
no haber hallado el delito
patente para lavarle
con sangre de ambos.
Per. Lo dicho,
vaya, él está loco.
Leon. Dime, *á Rit.*
quién ha venido contigo?
dexando la luz con secatura.
Rit. Yo.
Leon. Que quién te ha acompañado?
Rit El page, el caballerizo,
con bufonada.
el gentil hombre, y lacayos
de casa.
Per. No es mal principio,
que digamos. *ap.*
Leon. Pocos chistes,
porque ya se me ha subido
el calor á la cabeza.
Rit. Dale unas friegas, Perico,
para que vuelva á baxar.
Leon. Tú buscas mi precipicio,
no es verdad?
Rit. Yo lo que busco
es, que vm. sin diferirlo,
se vaya y me dexe; claro.
Ya varias veces le he dicho
que no quiero que por mí,
ni su muger ni sus hijos
sean infelices. Yo
sé, que están en un continuo
pesar, porque vm. freqüenta
mi casa; sé por muy fixo,
que hace de nuestra amistad
en todas partes platillo,
hasta quitarme el pellejo:
y sé, en fin, que con sigilo,
está haciendo por perderme;
y yo por vm., amigo,
no quiero exponerme á un chasco.
Pues es vm. su marido,
viva con ella en buen hora,
amela, y ame á sus hijos
como debe, y no se acuerde
mas de mi nombre. Yo miro

que me costará la vida
quizás, este repentino
rompimiento: pero mas
quiero sufrir el martirio
de separarme de vm.
aunque su tibieza he visto,
que considerarle ageno
para siempre y:::- no, yo estimo
mas la muerte: es imposible
que yo mire con cariño
á un hombre, que otra muger
llama suyo, aunque sea mio.
En una palabra, yo
no quiero verle conmigo
ni un instante mas, y asi,
si por lo que le he querido,
ha de hacerme una fineza,
vayase vm. al proviso
y no vuelva á verme. Esto
por última vez le pido.
Viva con quien mas que yo,
fue felíz, que este es el digno
modo de restituir
el descanso apetecido
á mi corazon, al suyo
su primitivo cariño,
y al seno de su familia
desventurada, el perdido
derecho á su amor, haciendo
renacer á un tiempo mismo
en todos, el bien, la paz,
la dicha, y el regocijo.
Leon. Ah cautelosa, que en vano
buscas esos coloridos
para disfrazar el fin
de tu mudanza! tu impío
corazon:::- no, ya conozco
sus engaños: tu designio
penetro tambien: mas léjos
de llorarlo, ni sentirlo,
léjos de desesperarme
como hice hasta aquí, te estimo
que me dexes: pues de modo
mi corazon han herido
tus traiciones, tus íntrigas,
tus cautelas y desvios,
que han convertido en horror,
aquel amor ciego, fino
y criminal, que hasta ahora
te tuve: sí, yo lo afirmo
una y muchas veces: tiende
la red de tus artificios
en buen hora, donde caiga
al reclamo de tu hechizo,
otro incauto, como yo.
No temas, no, que á sentirlo
llegue, pues desengañado
de que son todos fingidos
tus alhagos, mentirosas
tus palabras, tu atractivo
pernicioso, y toda tú,
como muger, un abismo
de engaños, no solamente
de tu trato me retiro
con gusto; no solo ofrezco
no verte, pero aun te afirmo,
que si alguna vez, el triste
estado, á que me has traido,
me hiciere acordar de tí,
será, sí, yo te lo fio,
para aborrecer tu nombre
con potencias y sentidos.
vase por la derecha.
Rit. Alumbra á ese caballero,
chico.
Per. Aguardad un poquito,
señor Don Leonardo.
permaneciendo sentado.
Rit Anda,
hombre, no caiga de hocicos
con la terciana que lleva.
Per. A el que tiene su bolsillo
á escuras, no le da luz
una acha de seis pavilos.
Rit. Quál va el pobre!
Per. Sí, no creo
que ha de tener mucho frio
esta noche.
Rit. Ya por fin,
de este estafermo salimos
mejor que pensé.
Per. En efecto,
muger, le has agradecido
completamente el regalo
del cabriolé.
Rit. Quien le ha dicho

que

que sea tonto.

Per. En fin, vamos
á cenar, que ya está listo
todo, y es lo que ahora importa.

Rit. Vamos, pues, que ya respiro
sin temer, uno de tantos
chascos, como han sucedido. *vans.*

Aposento corto de la casa de Leonardo, con un taburete junto á un bastidor de la izquierda. Quintina por él con una luz en la mano.

Quint. Al fin, pude con caricias
persuadir á mi Jacinto
que se acostase, y ya quedan
el uno y otro dormidos.
Lucía se recogió

Mirando por otro bastidor de la izquierda.

tambien, segun exâmino,
desde aqui. Pobre, qué habia
de hacer, si pasó conmigo,
estas dos noches en vela?
demasiada ley he visto
en ella, para la que
se halla en otras. Las que he oido,
son las doce. No es tan tarde,
que no tenga algun resquicio
de esperanza, de que aun venga
mi Leonardo, y mas si ha ido
al bayle, que insinuó
el perverso de Claudino.
Creo que siento rumor
abaxo. Qué regocijo *con alegría.*
si fuerá él! Sin embargo
de que encargué á los vecinos
de casa, que no cerrasen
la puerta, por si en olvido
lo echaron, y está Leonardo

Como escuchando, junto á los bastidores de la derecha.

llamando::: Nada percibo: *con sentimiento.*
me engañé: toda la casa
está en un sueño tranquilo,
segun el silencio: quiero
sentarme ácia aqui, pues miro
que es de donde puedo oir
mejor, si es que llora el niño
ó llama Leonardo: solo
que si no busco un arbitrio,
para resistir el sueño,
temo dormirme. Yo he visto,
si no me engaño::: En efecto,

Llega á un bastidor de la izquierda, y saca una calzeta empezada.

aqui está: asi resistirlo
podré mejor, y aprovecho
este rato.

Se sienta junto á los bastidores de la izquierda. Por la derecha Leonardo, con mucho silencio.

Leon. Suerte ha sido
hallar la puerta entornada
no mas, pues con eso evito
dispertar á mi querida
Quintina. Sin hacer ruido

va á entrar, y se suspende.

entraré en mi quarto:: pero
corazon, no es la que miro
alli sentada! Oh virtud
desventurada! oh cariño
mal pagado! quánto, quánto
es tu proceder distinto
del mio! Qué poco, sí,
qué poco se ha merecido
mi ingratitud, el cuidado
con que te tengo! Dios mio,
aparta de mi memoria
la amargura, en que yo mismo
he anegado el corazon
de esta infeliz. Mis delitos
conozco ya: no permitas
que muera yo aqui oprimido
de su peso, sin que al menos
la haga ver con mi excesivo
dolor, el constante y pronto
arrepentimiento mio.
Dexame morir siquiera,
regando con este vivo
llanto sus pies, si el rubor
y confusion, que á mi mismo
me causa el verla, me dexa
llegar. En vano me animo:

Camina con paso lento ácia Quintina.

Me estremece su presencia
cada vez mas. Mis desvios,
mi abandono:: las palabras

que

que la he dado, y no he cumplido
hasta hoy, me avergüenzan tanto:::
sí, ya no serán creidos
mis extremos: con razon
dudará de este imprevisto *suspen-*
arrepentimiento. Y yo (*diendose.*
qué la diré? Qué testigos
la presentaré en mi abono?
Qué testigos? los mas dignos
de fé: Mi amor, mis ternezas,
mis súplicas, mi continuo
dolor, en una palabra,
mi enmienda. Sí, yo me animo
á hablarla. Si ella perdona
mis desaciertos, Dios mio,
qué feliz seré!

Mientras Quintina dice estos versos, Leonardo llega sin ser visto, se arrodilla, y con temor la coge la mano.

Quint. Ya tarda
demasiado mi querido
Leonardo, y yo voy perdiendo
la esperanza que he tenido
de verle. Ay triste! Leonardo.

Al sentirse asir de la mano, como asustada, y viendo luego á Leonardo, se arroja á sus brazos arrebatada, y permanecen sin hablar un corto instante.

Leon. Quintina.
Quint. Qué haces bien mio?
levanta. Oh Dios, qué ventura
tan no esperada!
Leon. Yo espiro *Caido el rostro sobre*
de rubor. (*la mano de Quintina.*
Quint. Ven á mis brazos,
qué esperas? Yo pierdo el juicio *con*
de placer. Dí, por qué lloras? *agitac.*
no turbes el regocijo
de mi alma. Habla, qué tienes?
qué suspiras dueño mio?
no tiembles: entre mis brazos
estás: respira tranquilo.
Leon. Ay Quintina. *con mayor ternur.*
Quint. Qué me quieres?
tuya soy, sí, tuya he sido,
y seré, hasta que la muerte
acabe con el cariño
que te tengo, y nos separe
para siempre.
Leon. Mis delitos::: *avergonzado y sin*
Quint. Me amas tú? (*mirarla.*
Leon. Sí, pero:::
Quint. Nada.
digas, pues; Leonardo mio;
que yo sabiendo que tú
no me aborreces, no aspiro
á saber mas. Tu amor solo
me hará felíz.
Leon. Te he ofendido
tanto:::-
Quint. No pienses en eso,
piensa solo en que me has dicho
que me amas, en que yo,
mi Leonardo, lo he creido,
y me doy por satisfecha.
Leon. Te amo tanto:::-
Quint. Alma, qué he oido?
me amas mucho?
Leon. No merezco
que me creas. Te lo he dicho
muchas veces, y mis obras
despues te lo han desmentido.
Quint. No, no, yo he creido siempre
que me amas. Quanto he visto
es efecto de la edad,
y los lados que has tenido
que no son buenos.
Mirándola con rubor.
Leon. Ah, son
muy crueles los martirios
que te he causado.
Quint. Ya todos
los disipaste tu mismo,
y solo se halla ahora en mí
tu amor, Leonardo,
y te afirmo,
que todo se me ha olvidado.
Leon. Ay Quintina, pues consigo
que olvides, y que perdones
piadosa, mis repetidos
desaciertos, tú verás
mi enmienda.
Quint. No mas: yo miro
que es tarde ya, y que vendrás
can-

cansado.

Leon. Es verdad.

Quint. Pues hijo
ven á recogerte.

Leon. Vamos.
Alma, que haya yo ofendido *ap.*
á esta muger?

Quint. Ven, Leonardo,
Tomando la luz y la calceta.
y cree que mi cariño
es cada dia, si cabe,
para tí, mas excesivo
que nunca.

Leon. No le merezco,
Quitándola la luz.
lo veo: mas cree bien mio,
que todo lo que hasta aquí
hallaste en mí de desvios,
de desdenes, de tibiezas,
y rigor para contigo:::

Quint. Qué?

Leon. Será desde hoy, ternura,
fee, amor, constancia y cariño.

ACTO TERCERO.

El aposento de la casa de Leonardo, con mesa, escribanía y papeles á la izquierda del foro. Junto á la primera embocadura se descubre sentada Quintina, como sacando de una Escusabaraja alguna ropa de niño, y Lucia recogiéndola.

Luc. Señora, tengo que dar
á vm. una gran noticia
que recibí esta mañana
en la tienda.

Quint. Y es, Lucia?

Luc. Que antes del amanecer
se ha embocado la Justicia
de rondon, en casa de
la señora consabida,
y á ella, y la estupenda pieza
del primo, con una linda
retaguardia, los llevaron
hasta la casa de tia.

Quint. A la Rita?

Luc. No, que es chanza:
ya se halla muy guardadita
en un encierro, porque
no la dé el sol de estos dias
y se vuelva negra.

Quint. Pero
sabes la causa?

Luc. Hay quien diga
que porque vm. se ha quejado.

Quint. Yo? pues acaso tenia
ella la culpa? Infeliz:
antes bien hoy me lastima
su desgracia.

Luc. Lastimar?
Estamos bien á fé mia,
despues que ha dexado encueros
al amo.

Quint. Esa es muy distinta
materia: si tu amo, á instancias
de sus malas compañías,
no hubiera ido á buscarla,
ella á casa no vendria
á estafarle. Su delito
solo es, segun tú te explicas,
haber recibido quanto
la dió Leonardo: Lucia,
qué querias tú que hiciera
la pobre?

Luc. Pese á sus tripas,
ponerse á servir, que yo
soy tan buena, y aun podria
decir, mejor que ella, y sirvo.
Quieren, las señoras mias
lucir, á costa del pobre
tonto, que sus uñas pillan,
pues que traguen las resultas.
Así, así: y si media horita
mandára yo, puede ser
que otras Doñas presumidas
estafadoras, tambien
la hicieran hoy compañía.

Quint. Son muy dignas sin embargo
de compasion.

Luc. Yo, ni pizca
las tengo. Pero mi amo
quando la nueva reciba,
perderá el juicio.

Quint. Qué estraño
vendrá á ser, que su desdicha
sien-

sienta, aunque le sea yá
indiferente en el dia?

Luc. Sí, indiferente: qué perro
se lleva vm. si se fia
de sus palabras!

Quint. Ve presto
á poner en la camilla
la ropa, por si despierta
Felix.

Luc. Voy. Vaya, qué lindas
tragaderas tiene mi ama!
Qué poco le creeria
yo, despues de tantos chascos!

Vase llevando la ropa y la escusabaraja.

Quint. Confieso que me lastima
de modo, la situacion
de esa infeliz, que=

Por la izquierda Leonardo, en trage de casa.

Leon. Quintina,
Felix está ya despierto. *(izq.*

Quint. Pues voy á vestirle. *vas. por la*

Leon. Oh fina *Viéndola partir.*
jóven! oh esposa la mas
amante! qué alegre dia,
qué felíz para mí, éste
en que conozco tus dignas
qüalidades, si pudiera
borrar de la idea mia,
el poco aprecio que de ellas
hice hasta aquí = la excesiva
pena, que mi corazon
destroza, y á mí me priva
del placer que sienten todas
las almas arrepentidas,
no tiene otro origen, que este
recuerdo, de mis impias
acciones. Pero, comparo
su amor, su fé, sus caricias,
su bondad, y su constancia
con mi esquivez, mi perfidia,
mi abandono y mi fiereza,
y viendo tan excesiva
mi ingratitud, desconfio
de poder ni aun con mi vida
compensarla. Esto destierra
para siempre, la alegría
de mí. No basto á vencer
mi imaginacion. Me pinta
entre las muchas, crueles,
insufribles, y continuas
penas, que mi poco juicio
ha ocasionado á Quintina,
la mas acerba. A mis ojos
la representa abatida,
infelice, traspasada
de dolor y de fatiga,
mendigando con su hijo.
Piedad, buen Dios, que esta viva,
y triste ímágen, destroza
mi corazon. Me horroriza,
me estremece, me confunde
y hiela en las venas mismas
la sangre. Triste memoria,
por piedad, no me persigas.
Dexame gozar al menos
lo que me reste de vida,
aquella felicidad,
ó inexplicable alegría,
que gustan dos almas, quando
se vén dulcemente unidas
por un mútuo y casto amor.
Huye de mí, y no me impidas,
pues he conocido, quanto
es amable mi Quintina,
que entre ella, y las dulces prendas
de su cariño, divida
mi corazon, y reparta
desde este dichoso dia
mi aliento, mi fé, mi gozo,
mis extremos y caricias.

Vá á partir por la izquierda: sale por la derecha un Escribano, y dos Alguaciles, y vuelve Leonardo.

Esc. Caballero.

Leon. Quién=

Esc. Dios guarde
á vm.

Leon. Y á vms.

Esc. Habita
este quarto Don Leonardo
de Arias?

Leon. Qué se os ofrecia?
Yo soy.

Esc. Entrad. *á los Alguaciles.*
Conoceis *á Leonardo.*
la autoridad de esta firma?

Mostrándole un papel, que reconoce inmutado.

Leon. Si señor.
Esc. Como Escribano
que soy de su Señoria,
vengo á que reconozcais
estos vales.
Sacando otros papeles, que exâmina con el mayor dolor.
Leon. Quál se agita
mi corazon! *ap.*
Esc. Esta letra
es vuestra?
Leon. Si señor, mia.
Esc. Y debeis las cantidades
que expresan?
Leon. Así mi firma
lo dice.
Esc. Sabeis á quanto
ascienden? Pasad la vista
por esta suma, que abraza
las cantidades distintas
de estos vales. *mostrándole uno de (ellos.*
Leon. Quatro mil, *repasando la suma.*
quinientos, seis. Ay, Quintina,
infelíz!
Esc. Satisfaceos:
está bien? Es esa misma
la cantidad que debeis?
Leon. Si señor.
Esc. Pues concluida
esta diligencia, oid
lo que manda el juez.
Leyendo en el primer papel que mostro á Leonardo:
„Reconocidos por la parte los va-„les presentados, y confesado el dé-„bito, pague inmediatamente, ó em-„barguesele los bienes que hubiere, ó „alcancen á satisfacerle, vendiéndose „con asistencia suya dentro de ter-„cer dia.
Leon. Oh dia
cruel!
Esc. Podeis aprontar
el dinero?
Leon. Con la prisa
que decis, no.
Esc. Pues á ver,
sacad unas alhajitas
que puedan cubrir la deuda,
y de ese modo se evita,
que entiendan la execucion
los vecinos.
Leon. Yo querria
poderlo hacer; mas no se halla
alhaja alguna exquisita
ni de valor. Sin embargo,
veré::- Esperad. Y á Quintina *ap.*
qué la diré, quando se halla
del todo desprevenida?
Qué golpe, para su modo
de pensar! *vase por la izquierda.*
Esc. Me alegraria
que hubiese::- Lo que es la casa
no está mal alhajadita *mirando adentro*
por aquí. Sí, bien habrá
con que pagar; y si es niña
la muger, y petimetra,
que no será maravilla,
no dexará de tener
allá, algunas chucherias
de gusto, para su adorno.
Vuelve á salir Leonardo, y Quintina con una caxita en la mano.
Quint. Señores, muy buenos dias.
Esc. Dios guarde á vm.
Leon. Ni aun su rostro *ap.*
se inmutó con la noticia,
por no afligirme.
Esc. Qué es eso? *á Quintina.*
Veamos.
Quint. Son dos sortijas *dándole la caxita.*
de oro, y un collar de piedras.
Esc. Del tiempo de Matatias,
segun su hechura. Vaya, esto
vale poco.
Quint. Es la mas rica
alhaja que tengo.
Esc. Siento
que trasluzcan mi venida
los vecinos, pues es fuerza
llevar mesas, silleria,
cortinages, y quanto haya
que baste á cubrir la lista
de acrehedores: y así ve
sentando lo que yo diga.
Uno de los alguaciles, va á la mesa, y hace que escribe.
Leon. Qué dolor! qué afrenta!
Quint. Pero,
señor notario, no habria

medio para diferir
esta diligencia un dia
siquiera?

Escrib. No le hay ; es fuerza
darla aquesta noche misma
evacuada. Lo que yo
únicamente podria
hacer por vos , es trabar
esta execucion precisa,
y en el interin que haga
vuestro esposo las mas vivas
diligencias , para hallar
quien le preste la debida
cantidad.

Leon. Sí , lo agradezco,
y voy corriendo. Quintina.
aparte á Quintina.
no te aflijas , que yo espero
que en esta ocasion me sirvan
mis amigos. *entra por la izquierda.*

Quint. Dios lo quiera.
Si no fuera tan crecida
la cantidad , desde luego
me animaria á pedirla
á D. Anselmo : mas ya
en diferentes partidas
nos tiene prestado tanto:::

Vuelve á salir Leonardo , con sombrero y espada.

Leon. Buen Dios , tú mis pasos guia.
vase por la derecha.

Quint. Qué traspasado está el pobre
Leonardo!

Esc. Quanto se mira
en esta pieza , está ya:
y asi en vuestra compañia,
pasaré á ver lo que hubiere
en las demás.

Quint. La divina
piedad , pues ve la amargura
en que se halla sumergida
esta casa , envie á tiempo
el consuelo , y la alegria.

Entra por la izquierda , y con ella el Escribano y Alguaciles. Salon mas largo : Se descubren sentados á una mesa en que habrá alguna vianda, vasos y botellas , Claudino , Narciso , y Dionisio almorzando.

Claud. Qué tal , chicos , están mal
sazonadas las magritas?

Narc. Bocado rico.

Dion. No viene
mejor plato de la China
para mi gusto.

á Claudino que le echa vino en un vaso.

Narc. Echa vino,
y arda Troya , que esta vida
otro tiene que heredarla. *bebe.*

Claud. Sí , sí ; y si uno desperdicia
estos ratos , despues todo
son cuidados y desdichas.

Narc. Oyes Dionisio , y quando es
la boda?

Dion. Dices , la mia?
quando venga la licencia
del Padre de la Ponchilla.

Claud. Tardará?

Dion. Creo que sí.

Narc. Pues dónde está?

Dion. En la otra vida.

Claud. Con que eso es decir , que no
te casas.

Dion. Pues hombre , habia
de ser yo tan animal?
digo , y andaluz.

Claud. La chica,
pues , está muy confiada.

Dion. Qué ha de hacer la pobrecilla
si se lo hago yo creer?

Claud. Casaca? chico en la vida:
sacando un frasquillo de rosoli.
pasatiempo , que se pueda
dexar qualesquiera dia.

Narc. Es anís?
echando en un vaso que toma Narciso.

Claud. Y superfino.

Narc. De Francia?

Claud. O de Filipinas.

Narc. A mi salud. *bebe.*

Claud. Hasta verte.

Dion. El pelo de las usías
lo pagará luego.

Narc. Quién,
hoy? sí : desde aqui á tendilla
y no salgo de la cama,
hasta la noche.

Claud. Y las Ninfas?
echando rosoli á Dionisio.

Narc. Que se mueran, que hoy no peino
á

á nadie.
Dion. Bueno está. *bebe.*
Narc. Arriba,
que Leonardo paga.
Claud. Apuesta.
Narc. Pero hombre, la pobre Rita:
mira que es chasco: él, preciso
se dará un par de sangrias
por la pesadumbre.
Claud. Si ella
se estuviera quietecita
en el baile, como hicimos
nosotros, no se veria
donde se vé.
Dion. De esta vez
va Perico en romería
á visitar el peñon.
Narc. Pues hombre, él, qué picardias
ha hecho?
sacando otro frasquillo.
Claud. Ya se ve, mirar
por el honor de su prima.
Dion. Quien mal anda, mal acaba.
Narc. Esó es lo que yo decia.
Vaya, echa de ese otro, y caiga
el que cayere. *alargando el vaso.*
Claud. Que vivan
bien, cómo yo, y no tendrán
que temer. *echando rosoli.*
Narc. Por la de Rita,
chicos, y que Dios la dé
una vocacion cumplida
si va al Convento.
Los 2. Asi sea.
Nar. Que llaman. *llaman á la puerta.*
Dion. Abro? *levantandose.*
Claud. Sí? mira
primero quién es.
vase Dionisio por la derecha.
Narc. A buen
tiempo llega la visita.
Claud. Sí, que almuerce lo que queda
en el plato.
Sale Leonardo con Dionisio, y al verle se levanta regocijado.
Narc. Brabo, viva,
que es nuestro amigo Leonardo.
Vaya, echa aqui de ese almivar.
Alargando el vaso, y Claudino echándole rosoli.
Bueno. Leonardo, echa un trago.
Se viene á ofrecer el vaso á Leonardo, y este como escusándose.
Leon. Lo estimo. *sentándose con languidez.*
Narc. Bueno seria
que me hicieras el desayre.
Claud. Si quieres una magrita
se irá por ella.
Narc. Sí, sí,
yo iré aunque sea á Galicia
por ella, si quieres.
Leon. No,
que ya almorcé, aunque de prisa
antes de salir.
Narc. Pues hijo,
al menos esta copita
ha de caer.
Leon. Beberé
por fuerza. *bebe.*
Claud. Pese á tus tripas
bebe, y ensancha ese quajo
que mas importa en el dia
tu salud, que quantas hembras
hay en el mundo.
Narc. He, gallina,
baboso, aprende de mí,
mala hora las persiga
á todas: pesar por ellas?
que si quieres: en el dia,
que una me dexa por otro,
que se vá, ó que me la quitan
de enmedio, hago que me traigan
un pichon de la hostería,
echo un par de tragos mas
á la salud de una indigna,
busco otra luego; y he aqui
cómo el pesar se me quita.
Leon. Qué poco penetran ellos *ap.*
lo que mi pesar motiva!
Claud. Dice bien, la mejor de ellas
en polvos, chico.
Dion. Qué quina,
se podria hacer entónces!
Leon. Ay Claudino! *con vehemencia.*
Claud. Sí, suspira.
Narc. Llora un poquito. *con bufonada.*
Dion. Dexadle
que se explaye.
Narc. Habrá Marica
semejante?

Claud.

Claud. Y en substancia,
por quién? digo por la Rita. *con int.*
Narc. Miren qué caso.
Dion. Hombre, al cabo
si éste otro la queria,
qué estraño es que haya sentido
su desgracia? *Leonardo sobresaltado.*
Claud. A bien, que viva
está, y si tiene manejo,
dentro de muy pocos dias
puede sacarla.
Leon. De dónde? *con viveza.*
Claud. Pues qué, no tienes noticia
del caso?
Leon. Yo no.
Claud. Pues, hijo,
desde aquesta mañanita,
los tienes á cada uno
en un encierro.
Leon. Deliras,
Claudino? Rita y Perico?
Claud. Y sino Perico y Rita.
Leon. Me has sorprehendido. Pues cómo?
Narc. De veras no lo sabias?
Leon. No.
Dion. Pues hombre al mismo bayle
nos llevaron la noticia.
Claud. Y ello el tiro se le han hecho,
ó Don Anselmo, ó Quintina.
Leon. Si tal supiera:::- *como arrebatado*
Narc. En verdad
que el que ha sido, merecia
un trabucazo.
Claud. Sí, á fé.
Dion. Pues hombre de qué venias
tan mustio?
Leon. Ay Dionisio! *con languidez.*
Narc. Qué es?
Claud. Vaya, cuentanos tus cuitas.
Leon. Sois mis amigos?
Narc. y *Dion.* Yo sí.
Claud. Y yo, como no me pidas. *ap.*
Leon. Pues en aquesta ocasion
lo mostrad. A esta hora misma
está en mi casa embargando
quanto tengo, la justicia
por quatro mil y quinientos
volviendole ellos el rostro, y haciendose señas con disimulo.
reales que debo. La prisa
es tal, que solo me dexa
acudir á vuestra fina
amistad: y pues mil veces
habeis hallado en la mia
quanto buscasteis, no dudo,
que pagandola en la misma
moneda, la sacareis
del ahogo en que se mira.
Dion. Yo, por mí, bien sabe Dios
que lo siento, pero ha dias
que estoy sin blanca. *levantandose.*
Narc. Pues chico,
yo tambien estoy *per istam*,
desde ayer; sino, ya sabes
que con el alma y la vida.
Zape. *ap.*
Dion. Qué hora es, chico?
Nar. Son *mirando el relox.*
las nueve.
Dion. Me engañas?
Narc. Mira. *mostrandosele.*
Dion. Por vida de:::- abur, abur.
Leon. Falló la esperanza mia. *ap.*
Narc. Espera, que yo tambien
me voy. *levantandose.*
Dion. Pues que sea aprisa,
que no puedo detenerme.
Narc. A Dios, chicos. *vanse.*
Claud. Qual las lian
los dos, por huir la quema! *ap.*
Leon. Claudino, en tí solo estriva
mi esperanza. En tí confio.
Claud. Pues á buen árbol te arrimas. *ap.*
si tú supieras, que tengo
que ir á buscar en el dia
diez duros, para pagar
al casero, qué dirias?
Leon. Hombre, haz por mi esta fineza,
tú que tienes infinitas
conexîones, valete
de un amigo.
Claud. Tú deliras:
pues, no sabes que los tengo
cansados en mis contínuas
urgencias, de modo que
voy huyendo de su vista?
Leon. Aunque fuera la mitad
no mas:::-
Claud. Sí, muy buenos dias, *levantandose.*
vaya, chico, yo estoy muerto

de sueño, y tender la espina
deseo; si quieres:::-

Leon. Ve, *levantandose con enojo.*
ve en buen hora, que yo vista

Claudino parte por la izquierda sin mirarle.

la falsedad, el engaño,
la ingratitud, y perfidia
de los que tuve hasta aquí
por amigos, de su vista
quiero huir, abominando
de su trato, y compañía.

parte por la derecha.

Aposento corto de la casa de Leonardo por la izquierda.

Luc. No lo dixe yo? ahora van
saliendo las picardias
de mi amo á relucir.
A mas de estar sin camisa,
lleno de trampas, y:::- vaya
vamos, yo le ahorcaria.
Vean vms. que trago
este de hoy, si bien se mira,
para mi ama! ya se ve,
tiene verguenza, y la vista
de esos fariseos:::- mala
cara tiene la justicia,
mirada de cerca.

Sale por la derecha Don Anselmo.

Ans. Ahora
sabrá aquesa gentecilla,
si ha de hacer burla de un hombre
de bien: canalla atrevida,
que baylen, que baylen ahora
la boleras. Buenos dias,
Lucía.

Por Dios, señor,
que remedie la desdicha
de esta casa.

Ans. Pues que hay? *sobresaltado.*

Luc. Una de las infinitas
entruchadas de mi amo,
que nos lleva á toda prisa
ácia el hospicio.

Ans. Estas loca?
qué es lo que hablas? tú delíras.

Luc. Ojalá.

Ans. Vaya muchacha, *con impaciencia.*
dexa la zalamerias,
y dime lo que hay.

Luc. Que está
allá dentro la justicia,
embargando quanto encuentra,
en casa.

Ans. Oh Dios, qué desdicha!
y por qué?

Luc. Por una pella,
que ha hecho mi amo estos dias,
de quatro mil y mas reales,
segun dicen.

Ans. Pobrecita
Quintina. Vaya, este chico
la vendrá á quitar la vida
sin remedio. Y donde está?

Luc. Mi amo? salió con gran prisa
luego que vió malo el cuento,
y nos dexó esa visita
para nuestra diversion.

Ans. Es buen sosiego, á fé mia.
Vaya, yo no soy para estas
lástimas: solo de oirlas:::- (*cha.*
valgate Dios. *parte por la dere-*

Luc. El se va
hablando con su camisa
segun veo: habrá carrancas!
no mas una vez: permita
Dios, vegestorio enfermizo,
que te den hoy la comida
tan dura, que no lo puedas
mascar: de enojo y de ira
no sé lo que digo. Al cabo
de molerme con continuas
preguntas, irse, y dexarme
como estaba. Alpargatilla,
embusteron: muchos gestos,
y muchas zalamerias,
pero apenas olió el duro
conflicto en que se veían
mis amos, ha echado el cuerpo
fuera, porque no le pidan.
Amigos? todos son unos.
Este emplasto, que creía
yo, que era el mejor, al cabo
vino á hacer lo que hoy estilan
todos, que es huir del pobre
que va de capa caída.

Al partir por la izquierda, sale por la derecha Leonardo.

Leon. Lucía.

Luc. Señor.

Leon. Dí á tu ama
que salga. Pobre Quintina,
se entra Lucía por la izquierda.
que en vano creí sacarte
de la amargura excesiva
en que te ves á estas horas
por mi causa! Quién habia
de pensar, que me volviesen
la espalda, en tan impropicia
ocasion, aquellos mismos
que finos se me ofrecian,
quando no necesitaba
de su favor. Ah, que indignas
almas! amigos falaces,
que mal hace quien se fia
de vuestras promesas dobles,
engañosas, y mentidas!
Viles, asi á quien os dió
la mano, en vuestras continuas
desgracias, abandonais
hoy en la suya? Asi estima,
asi paga vuestro indigno
corazon, mis repetidas
finezas? Pero ah, ya son
sin fruto las quexas mias.
Conozco que este es el pago
que dá el mundo, á quien se fia
de sus ofertas. La loca
juventud, las compañías
seductoras, á qué horrible,
á qué funesta, é impropicia
situacion han conducido
mi alma! Falsas, mentidas,
lisongeras, y engañosas
siempre, decid, las delicias
que me ofrecisteis, en dónde
están? La gustosa vida
que gozaba ayer, qué se hizo?
Los amigos que á porfia
me adulaban, el incienso
que á mi persona ofrecian,
dónde está? Mas ay, que todo
faltó, en aquella hora misma
que me miraron caído.
Ya solo en mi alma habita
el fiero dolor: me cerca,
la amarga memoria misma
de mis yerros: mis desgracias
solas, me hacen compañia,
y todo yo, soy despecho
y confusion.
Sale Quint. Qué querias,
Leonardo mio?
Leon. Tan solo *echandose á sus pies.*
que perdones la excesiva
pena, que te ha acarreado
mi proceder este dia.
Quint. La que tú pasas es sola
la que siento. Dime aprisa,
has hallado en tus amigos,
algun favor?
Leon. Ay Quintina,
desengaños solamente. *con indignacion.*
Falsos viles.
Quint. No te afligas,
que yo, si tú lo permites,
saldré á dar un paso, y:::- fia
en Dios, que ha de consolar
nuestra afliccion. *vase.*
Leon. Esta misma
virtud y conformidad
de mi esposa, martiriza
mas mi corazon: debiera
horrorizarla mi vista
con razon, y sin embargo
solo á consolar aspira
mi dolor, disimulando
el suyo.
Vuelve á salir Quintina con mantilla y basquiña.
Quint. Solo querria,
que entretuvieses, si fuera
posible, hasta medio dia,
al Escribano. *vase por la derecha.*
Leon. Esta bien. *con abatimiento.*
A dónde irá mi Quintina
tan presurosa? Si á nadie
conoce, en quien solicita
hallar hoy, el mas remoto
consuelo?
Por la izquierda el Escribano y un Alguacil.
Esc. Ya es concluida
esta diligencia. Viene *á Leon.*
la mosca?
Leon. No es tan propicia *con languidéz.*
mi suerte, amigo.
Esc. Paciencia.
Y habrá un vecino que os sirva
de depositario.

Leon. Menos.

Esc. Vaya, pues, vé tú y avisa *al Alguacil.*
media docena de mozos
que se lleven quanto en lista
se ha puesto, que mientras tanto
se quitarán las cortinas,
y espejos. *vase el Alguacil.*

Leon. Buen Dios. *consternado.*

Esc. Qué amables
son los dos! y ella aunque niña,
qué juicio, y qué honestidad!
Oh, sinò, no se vería
en este apuro. Ya hubiera
hallado en qualquiera esquina
el marido, quien le diese
la mano: sí.

Leon. No podria
vm. esperar siquiera
media hora mas?

Esc. Me lastíma
vuestro quebranto, y quisiera
remediarle: mas no estriva
en mí: tenemos que hacer
dos diligencias precisas
antes de comer: si no
creedme, que os serviria. *vase.*

Leon. Valgame Dios, con qué cara
me he de poner yo á la vista
de los vecinos, despues
de esta afrenta! La noticia
de este embargo, correrá
de casa en casa este dia,
sin duda. En quantos cafees
he freqüentado, en las mismas
tertulias, en donde ayer
el primer papel hacia,
quánto no hablarán de mí?
Sí: el objeto de su risa
y mofa seré. Ya nadie
hará el aprecio que hacia
de mí: me señalarán
con el dedo, y de mi vista,
y mi casa irán huyendo.
Qué afrenta, buen Dios!

Se sienta consternado en un taburete que podrán sacar á mano al descubrir esta scena junto al bastidor primero de la izquierda. Por la derecha sale el Alguacil con dos mozos, y al entrarse por la izquierda, vuelve el rostro Leonardo, enternecido.

Oh, dia
funesto! oh, pena la mas
cruel de las de mi vida!

Se levanta, y dice mirando á dentro.

toda la sala está ya
despojada: hasta la misma
ropa, que para el adorno
de mi Quintina servia,
se llevan. La fiel, y triste
Lucía, todo lo mira
anegada en llanto. Y yo
que de toda su desdicha
soy causa, puedo vivir,

paseándose con la mayor agitacion.

sin confundirme? Justicia
inexôrable, por qué *con vehemencia.*
con tanta piedad castigas
mi culpa atróz? Pero acaso,
con pena mas excesiva
puede hacerlo, que obligarme
á ver aquestas impías
conseqüencias de mis yerros?
No, mas dulce me sería
la muerte, que el triste estado
en que á vér voy mi familia
desventurada: esto, esto
es lo que mas me contrista.

Vulve á sentarse entre furioso, y enternecido. Por la izquierda el Escribano con un papel en la mano, los Alguaciles, y los dos mozos cargados de una mesa, algunas papeleras, espejos, ú otros qualquiera muebles que sean mas aptos para el caso.

Esc. Qué traspasado está el pobre
mozo! pero no me admira.
Tomad, señor, para vuestra
satisfaccion, esta lista *dale un papel.*
de lo que llevo embargado.

Leon. Está bien.

Esc. Si en los tres dias
que os dá la ley, encontráseis
vos la cantidad precisa,
acudid, que en el momento,
con la exâtitud debida
se os hará entrega de todo.

Leon. Ya virtuosa Quintina
llegará tarde el remedio

que fuiste á buscar. *Esc.* Aprisa,
guiales tú, hasta mi casa, *al Algua-*
y quedate alli: mas cuida *(cil.*
de que pongan, quanto fueren
llevando, en la sala chica,
sin que nada se estropee.
Leon. Buen Dios, quitadme la vida,
ó dadme fuerzas. *con abatimiento.*
Al partir el Alguacil, y los mozos por la derecha, sale D. Anselmo y los detiene.
Ans. Tened.
Si un punto mas con Quintina
me detengo, llego tarde.
Leon. D. Anselmo es, y su vista
me cubre de rubor. *baxando los ojos.*
Ans. Vaya,
vuelvan á dexar aprisa
la carga. Vm., Secretario,
me hará el gusto de esa lista
de deudas. *Leon.* Alma, qué escucho!
entre sorprendido y alegre.
Esc. Vaya, este es, segun indica,
el padre ó suegro. Aqui está.
Le dá un papel, y algunos vales: y á la seña del Escribano, vuelven á dexar los mozos la mesa y demás muebles.
Leon. Oh, si su alma compasiva
me sacará de este ahogo!
Ans. No es mala la retaila *leyendo.*
de acrehedores. Pues digo,
qué almas tan equitativas!
diez varas de tafetán
sencillo, color de lila,
á quince reales. A bien *represen-*
que es corta la demasía: *(tando.*
de nueve á quince: seis reales
en vara, y por si se olvida
que lo debe, allá le encaxan
una execucion encima.
Picaros. Diez avanicos: *leyendo.*
asi la señora mia
tenia siempre tanto aire
en la cabeza. *mirando á Leonardo.*
Leon. El me mira
con enojo. *Ans.* Vaya, esto
está visto. Ni las indias
le bastában á Leonardo
para ella, segun iba.

No quiero ver mas, porque
se me revuelven las tripas.
Venga vm. acá. *al Escribano.*
Esc. Si irá
á pagarme? me holgaría.
Ans. Cuente vm.
Saca un bolsillo con algunas monedas: las echa sobre la mesa, y el Escribano va contando.
Leon. El va á pagarle. *como enagenado.*
Buen Dios! Oh, alma compasiva
y generosa! Oh, amigo
verdadero! tu me inspiras
aliento nuevo, y redimes
de una vez mi honra perdida.
Ans. Hay quatro mil y quinientos?
Esc. Cavales. *Ans.* Veré la lista,
como leyendo al pie de la lista.
faltan seis reales: tomad:
Saca de otra faltriquera algun dinero suelto.
y este doblon de propina
por lo que habeis esperado.
Esc. Señor::- *Ans.* Vaya, idos aprisa.
Esc. Tened mi inutilidad
por vuestra.
Vase por la derecha, con los Alguaciles y mozos.
Ans. Bien, os lo estima
mi atencion: mas Dios me libre
de vosótros. El me mira
avergonzado. No quiero
Mirando á Leonardo con disimulo,
que le ocasione mi vista
mas dolor. Voy á buscar
con toda priesa á Quintina
pues tanto me lo ha encargado.
Camina ácia la derecha, y Leonardo vá ácia él presuroso.
Leon. El se vá: gratitud mia
qué esperas?
Ans. Adónde vais? *volviendose con*
Leon. A ofreceros esta vida *(secatura,*
que me dais::- *Ans.* Romped aquellos
vales. Pobre: mas precisa *ay.*
esta seriedad: sino::-
sí, mañana volveria
á las andadas. *vase.* *Leon.* Apenas
oso levantar la vista
para mirarle. He pagado

siempre tan mal sus contínuas
finezas, que me confunde
su presencia. Ayer huía
de su lado: me enojaban
sus saludables y amigas
reconvenciones, y en fin,
desprecié sus repetidas
ofertas, por no dexar
á aquellos, que con mentida
capa de amistad, lograron
mi perdicion y ruina:
y hoy que he visto quánto vale
un amigo, se retira
de mí, quien lo era. Qué importa
que con piedad poco oída
me haya sacado del lance
estrecho en que me veía,
si al fin quedo en el abismo
que antes? Yo veo perdida
mi opinion: he malgastado
los haberes que tenia:
he vendido ya las pocas
alhajas que mi Quintina
trajo, y me quedan mil deudas
que mañana ú otro dia
me pondrán en otro apuro
como el de hoy. Oh, qué impropicias
reflexîones, quando llegan
tan tarde! dónde la vista *cabiloso.*
volveré? en quién he de hallar
lo que perdí? Por mi misma
inaccion, está suspenso
el pleyto que ya tenia
en buen estado, y no puedo
acalorar su revista
por falta de medios. Yo
sin empleo, y con familia,
qué haré? Mi esposa, los tiernos
pedazos de la alma mia. *con ternu-*
perecerán:::- Oh qué amargo *(ra.*
discurso! Y qué, es fantasía *con ente-*
por ventura? Con qué medios *(reza.*
acudiré á su precisa *con resolucion.*
manutencion? Con el mas
repugnante á mis altivas
ideas: quando otro no hálle,
serviré:::- Buen Dios, la misma
necesidad, me será
mas dulce. Qué se diría
de mí? Yo, que me hombreaba
ayer, con las mas lucidas
personas de la nobleza,
con qué valor me pondría
hoy á servir. Imposible.

Se vuelve á sentar como agitado, y sale al paño

Luc. Mucho tarda esta familia
en volver: pero qué veo?
nada han llevado. Lucia
qué será! Pues ello, todos
se han ido, y solo se mira
mi amo, haciendo kalendarios
allí: como uno decia
despues que el asno se ha muerto:::
pues. *Leon.* Y porque lo resista
mi vanidad, he de ver
á mi adorada Quintina,
y mis hijos, consumidos
de la miseria? A mi vista
han de espirar, porque yo
no quiera verme este dia,
abatido? Cruél padre,
barbaro esposo, ella misma
no se humilló por tu culpa
hasta mendigar? Lo olvidas
tan pronto? Pues si su fina
pasion, la llevó á ese extremo
de abatimiento, qué miras?
qué reparas tu? Es mas dulce
tu vanidad, que las vidas
de tus hijos? No hijos mios,
levantandose con viveza.
no, virtuosa Quintina,
yo te imitaré. Estad ciertos
que yo sabré en este dia
por conservaros, no solo
servir, y humillar mi altiva
cerviz, sabré mendigar,
y sabré con la mas digna
magnanimidad, venderme
por conservar vuestras vidas.

Sale Luc. Qué maquinará! Señor,
pues qué, se fué la Justicia,
sin llevar nada? *Leon.* Sí.

Luc. Gracias á Dios. *Leon.* Amada Lucía,
á Don Anselmo tenemos
que agradecer esta dicha.
El ha pagado la deuda.

Luc. Miren lo que es la malicia:
y crei yo:::- ahora digo

que es un buen hombre.

Por la izquierda Quintina: Leonardo corre á recibirla regocijado, y al ver á Rita, que viene con ella se sor- (prehende.

Leon. Quintina,
Buen Dios, sueño? es ilusion:::-

Quint. Leonardo, aquesta visita
te traigo, y has de obsequiarla,
mucho, si á agradarme aspiras.

Leon. Yo tiemblo. *sin mirarla.*

Rit. Ni aun á mirarle
me atrevo. *avergonzada.*

Luc. O aquesta es la Rita,
ó yo tengo cataratas. (*Lucía.*

Quint. Toma, dobla esas mantillas. *á Quintina quita á la Rita la mantilla, y se la da con la suya á Lucía.*

Luc. Vaya, que es á quanto puede
llegar su sorna. *parte por la izq.*

Quint. Qué miras
esposo? admite esta prueba
de lo que mi amor estima
tu fama: pues contemplando
lo que de tí se diría
si á una muger que trataste,
en medio de su desdicha
la abandonabas, y que
muchos me atribuirían
su quebranto, no he cesado
hasta sacarla yo misma
de él: la sabia clemencia
de el Juez, hoy á instancias mias
la ha vuelto á su libertad,
con la condicion precisa
de que vuelva á Zaragoza
detro de tercero dia
á vivir con su marido,
que es quien hizo á la Justicia
buscarla, y prenderla. De ello
es fiador, por mí misma,
Don Anselmo, y yo confio
que nos dexará la Rita
airosos, pues se confiesa
del todo reconocida.

Rit. Si señora: la afliccion
en que me he visto este dia,
de manera me ha mudado,
que os confieso que yo misma
no me conozco. Dos cosas,
dos delitos me horrorizan
entre todos. El haber
dexado, la compañia
de mi esposo, aconsejada
de un traydor, y seducida
por él, haber apartado
con mentirosas caricias
de vos, á Leonardo: pero
si mis lágrimas continuas,
si el pesar que de ello tengo
y tendré toda mi vida,
merecen, que hayais piedad
de mí, á los dos os suplíca
mi humildad, que perdoneis
á una infelíz.

Se arroxa á los pies de Quintina, y

Quint. Sí, si amiga (*ella la levanta.*
no os aflijais. Yo os perdono
gustosa, y con alegria
deseo, que vais á ser
venturosa, en compañía
de vuestro marido. *Rit.* Asi
lo espero. *Leon.* Qual regocija
mi corazon ésta escena!

por la derecha Anselmo.

Ans. Vaya, á la fin de mis dias
vine á parar en agente
de negocios. *Quint.* Una silla,
Leonardo.

Ans. Sí, sí, muy bien *sentandose.*
la necesito. Quintina,
una y no mas: decid vos,
á Leonardo abriendo una cajita, y mostrandola.
Es esta la joya misma,
que ayer vendisteis? *Leon.* Ella es.

Ans. Y en quánto estaba vendida?

Leon. En mil, y dos cientos reales.

Ans. Qué buen mercader hariais
vos: ahora me ha ofrecido
quatro mil un diamantista
por ella. Y supisteis, quién
la compró. *Leon.* No.

Ans. Pues la linda
maula, del señor Claudino,
se la quedó. Ya sabia
el, lo que compraba. Infame:
éstas y otras picardias
pagará ahora.

Leon. Pues qué::- *con viveza.*

Ans. Yá está en la carcel de villa.

Leon.

Leon. Claudino? *Ans.* Sí, y yo he librado
á mil hijos de familia
de tan dañoso enemigo.
Qué buen ayre se daría
á estafar, que le han hallado,
con varias alhajas ricas
seis mil reales en dinero.
Leon. Picaron, y mi desdicha
no quiso aliviar. *Ans.* Mañana,
á mas tardar se imagina
que irán á Zeuta, él y el primo
en amor y compañía.
Bien lo merecen, eso es
otra cosa. Aunque la prima
lo sienta. *Rit.* No, yo me acuerdo
que el es causa de mi ruina
y perdicion. *Ans.* Vaya, ya
he dado yo á la Justicia
los mil y doscientos reales
en que consta, por su misma
declaracion, que compró
esta joya. Vos Quintina *dandosela.*
la guardareis, que este::- no,
no fio de él. *llaman.*
Leon. Yo::- *Quint.* Lucía,
Sale Lucía, y parte por la derecha.
mira quién es.
Ans. Buena alhaja *al oido á Leonardo.*
sois! Sí, sí, baxad la vista
que no por eso volveis
á engañarme, en vuestra vida.
Sale Lucía con una carta, que da á Leonardo.
Luc. Esta carta trahe un hombre
para vm. *la abre, y lee con regocijo.*
Ans. Y ser podia
de otra Rita, que yo:::- pues
abonado es como hay viñas
para todo, el niño. *Leon.* Oh Dios:
dexando de leer y arrebatado de placer.
llega conmigo Quintina,
reguémos con tierno llanto
de gratitud, las benignas
echandose á los pies de Anselmo.
plantas, de este nuevo padre.
Ans. Alzad, que zalamerias
son esas? Vaya qué es ello?
Leon. Oid: venturoso dia.
Lee *Señor Don Leonardo: acaba de salir á favor de vm. la postrer sentencia, del pleyto que puso á mi cargo. Su pronto y felíz exîto, prescindiendo del justo derecho que nos asistía, se debe al zelo, con que ha procurado aviar las cosas, el amado Don Anselmo. Yo os doy mil enhora buenas, y pasaré mañana, á instruir á vm. de lo que conviene hacer, para que quanto antes tome posesion, de su mayorazgo. &c.*
Quint. Leonardo. *Leon.* Quintina.
Los 2. Padre. *echandose á sus pies.*
Ans. Vaya, yo estoy loco; aprisa
venid los dos á abrazarme.
Rit. Oh quanto me regocija
su felicidad. *Ans.* Ah, si,
toma, toma tú Lucía
dale aquesta caja de oro
á ese hombre por la noticia
que nos traxo. *Luc.* Bien pagado
va el porte. *vase por la derecha.*
Leon. Cómo podría
pagaros, oh fino amigo,
lo que os debo? *Ans.* Haciendo aprisa
por gastar el mayorazgo
en bayles y tonterías,
como hasta aquí. *Leon.* Vos veréis
mi enmienda. *Vuelve á salir Lucía.*
Ans. Pues á fé mia
que si no lo haceis, ó poco
he de poder, ó á Melilla
os he de enviar: cuidado.
Leon. Ya solamente ésta dicha
faltaba, para que fuese
mi satisfaccion cumplida.
Quint. Lucía vé por Jacinto
á la escuela. *Leon.* Sí, vé aprisa.
Ans. Vos señora, partireis *á Rita.*
mañana con compañía
de mi confianza. *Rit.* Eso deseo.
Leon. A los dos suplíca
mi amistad que me ayudeis
á celebrar esta dicha,
comiendo conmigo: y pues
tenemos hoy á la vista,
lo que un buen amigo sirve,
y lo que el malo arruína.
Todos. Despierte la juventud
dócil, incauta, y sencilla.

FIN.